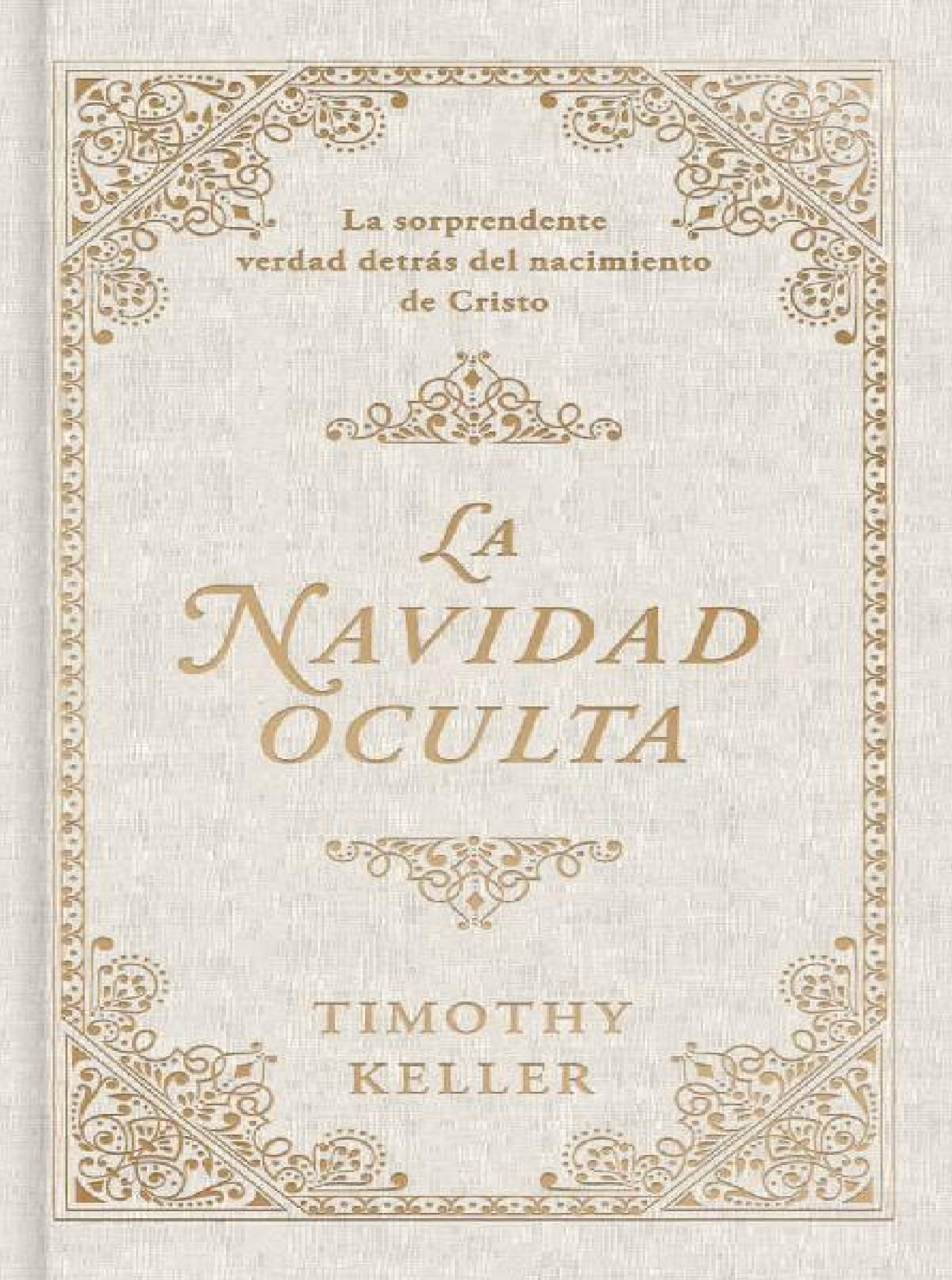
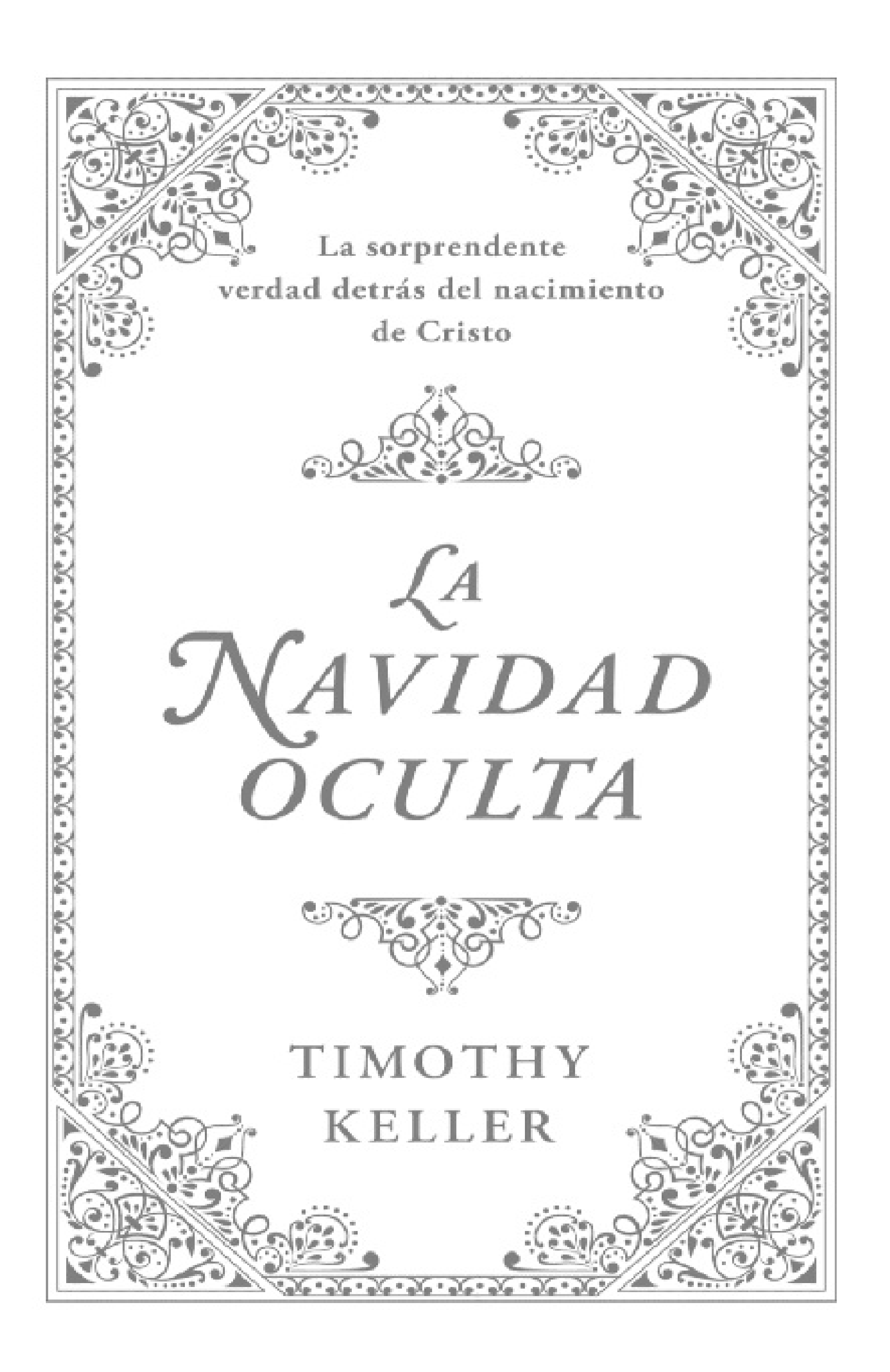

La sorprendente
verdad detrás del nacimiento
de Cristto
La
Navidad
Oculta
TIMOTHY
KELLER

Table of Contents


La sorprendente
verdad detrás del nacimiento
de Cristo
LA
NAVIDAD
OCULTA
TIMOTHY
KELLER

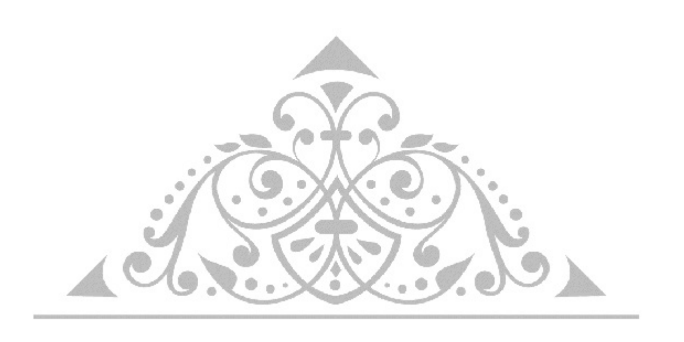
La Navidad oculta: La sorprendente verdad detrás del nacimiento de Cristo

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234
Clasificación Decimal Dewey: 232.92
Clasifíquese: JESUCRISTO Y SU FAMILIA / NACIMIENTO, INFANCIA Y NIÑEZ DE JESÚS
Publicado originalmente por Viking con el título *Hidden Christmas: The Surprising Truth Behind the Birth of Christ* © 2016 por Timothy Keller.

Traducción al español: Cecilia Romanenghi
Tipografía: 2K/DENMARK

ISBN: 978-1-4627-6552-2

Impreso en EE. UU.
1 2 3 4 5 * 20 19 18 17



A mis nietos: Lucy, Kate, Charlotte, Miles «y acaso otros que no alcanzo a ver». Que todos ellos puedan gozarse en la verdadera historia de Navidad.



Introducción



La Navidad es el único día festivo cristiano que también se festeja secularmente (podría decirse que es la fiesta más grande de nuestra cultura).[1] Como consecuencia, existen dos fiestas diferentes que celebran millones de personas al mismo tiempo. Esto produce cierta incomodidad en ambas partes. Muchos cristianos no pueden pasar por alto que los festejos públicos alrededor de Navidad cada vez más evitan cuidadosamente toda referencia a sus orígenes cristianos. En los negocios, la música de fondo dejó de lado «Al mundo paz» y ahora se escuchan villancicos más generales con Papá Noel como protagonista. Se promociona esta fiesta como un tiempo para la familia, para dar y para que haya paz en el mundo. «La Navidad es una maravillosa festividad secular», escribió un entusiasta en el popular sitio web Gawker.[2]

Por otra parte, la gente que no es religiosa no puede dejar de encontrarse con que el antiguo significado de la Navidad sigue inmiscuyéndose sin que lo inviten; por ejemplo, a través de la música de los villancicos tradicionales. Cuando un niño pregunta: «¿Qué significa esa canción que dice "Ha nacido el rey del cielo, ha nacido nuestro Dios"?», puede resultar fastidioso.

Como creyente cristiano, me hace feliz compartir las virtudes de este día con toda la sociedad. La Navidad secular es una fiesta de luces, un tiempo para el encuentro familiar y para dar generosamente a nuestros más allegados y a los que tienen gran necesidad. Estas prácticas nos enriquecen a todos y genuinamente coinciden con los orígenes de la celebración cristiana.

Debido a lo indispensable de la Navidad en el sentido comercial, seguirá entre nosotros como una festividad secular. No obstante, temo que sus verdaderas raíces queden más y más escondidas de la mayoría de la población. El énfasis sobre la luz en la oscuridad proviene de la creencia cristiana de que la esperanza del mundo llega desde afuera. La entrega de regalos es una respuesta natural al magnífico acto de autoentrega de Jesús, cuando dejó de lado Su gloria y nació como un ser humano. La preocupación por los necesitados nos recuerda que el Hijo de Dios no nació en una familia

aristocrática, sino en un hogar pobre. El Señor del universo se identificó con los más excluidos y los más pequeños de la raza humana.

Estos temas son potentes, pero cada uno de ellos es una espada de doble filo. Jesús viene como la luz, porque estamos demasiado ciegos espiritualmente y no podemos encontrar el camino. Jesús se hizo mortal y murió, porque estamos demasiado arruinados moralmente como para que se nos perdonara de cualquier otra manera. Jesús se dio por nosotros y, así, nosotros debemos entregarnos completamente a Él. Por lo tanto, no somos nuestros «propios dueños» (1 Cor. 6:19). Al igual que Dios mismo, la Navidad es más maravillosa e inquietante de lo que imaginamos.

Todos los años, nuestra sociedad occidental cada vez más secular tiene menos conciencia de sus raíces históricas, muchas de las cuales son los fundamentos de la fe cristiana. No obstante, una vez al año en Navidad, estas verdades básicas se vuelven un poquito más accesibles para una enorme audiencia. En innumerables reuniones, conciertos, fiestas y otros eventos, aunque la mayoría de los participantes no sean religiosos, los aspectos esenciales de la fe pueden volverse visibles. Como ejemplo, hagámonos algunas preguntas sobre el famoso villancico navideño «Oíd un son en alta esfera», que se oye en los centros comerciales, en las tiendas y en las esquinas de las calles.[3] *¿Quién es Jesús?* Es el «eterno Rey» que desciende desde «los cielos» hasta el «seno virginal» para ser «el Verbo encarnado». *¿Qué vino a hacer?* Su misión fue venir «a salvar los pecadores». *¿Cómo lo logró?* Entregó «el alma tierna», para darnos «vida y luz». *¿Cómo puede ser nuestra esta vida?* A través de una regeneración espiritual interior tan radical que, como hemos visto, puede llamarse «el segundo nacimiento». Con una brillante economía de estilo, el villancico puede resumirnos toda la enseñanza de Navidad.

Aunque hay pocas canciones cristianas y lecturas bíblicas de las más conocidas que sean tan completas, a esta la escuchan una vez al año millones de personas que, si se tomaran el trabajo de hacerse esta clase de preguntas, tendrían a su alcance este mismo conocimiento. Comprender la Navidad *es* comprender el cristianismo básico, el evangelio.

En este libro, espero exponer las verdades de Navidad de modo que estén menos escondidas. Miraremos algunos pasajes de la Biblia que son famosos

porque cada Navidad se los desempolva, en el único momento en el año en que nuestra sociedad secular y la iglesia cristiana piensan, hasta cierto punto, en lo mismo. En los primeros capítulos del libro, guiados por el Evangelio de Mateo, veremos los regalos que Dios nos dio en Navidad. En los capítulos siguientes, concentrados en el Evangelio de Lucas, consideraremos cómo podemos recibir y abrazar esos regalos.

Espero que, cuando el lector haya acabado la lectura, el verdadero significado de Navidad ya no esté más escondido.



CAPÍTULO 1

Ha resplandecido una luz



> *El pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en densas tinieblas la luz ha resplandecido […]. Todas las botas guerreras que resonaron en la batalla, y toda la ropa teñida en sangre serán arrojadas al fuego, serán consumidas por las llamas. Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin.*
>
> ISAÍAS 9:2,5-7

Uno de los primeros indicios de la llegada de Navidad es la aparición de las luces. Luces en las calles, velas en las ventanas, brillo por todas partes. Las luces navideñas de la ciudad de Nueva York deleitan incluso a los residentes apáticos. Todo parece estar envuelto en millones y millones de estrellas. Esto es apropiado, porque el 25 de diciembre se encuentra en el período de mayor oscuridad en el mundo mediterráneo y en Europa, donde cobraron forma las celebraciones de Navidad. Pero las luces no son solo decorativas; también son simbólicas.

La oscuridad del mundo

Para hacer algo en una habitación, primero debes encender la luz, porque de lo contrario, no podrás ver ni hacer nada. Navidad contiene muchas verdades espirituales, pero será difícil captar las otras si no captamos esta primero. Es decir, que el mundo es un lugar oscuro y nunca encontraremos el camino o veremos la realidad a menos que Jesús sea nuestra luz. Mateo cita Isaías 9:1-2 cuando nos dice: «el pueblo que habitaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en densas tinieblas ha resplandecido una luz» (Mat. 4:16). Juan declara sobre Jesús: «Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo. El que era la luz ya estaba en el mundo, y el mundo fue creado por medio de él, pero el mundo no lo reconoció» (Juan 1:9-10).

¿En qué sentido está «oscuro» el mundo? En la Biblia, el término «oscuridad» se refiere tanto al mal como a la ignorancia. En primer lugar, significa que el mundo está lleno de maldad y de indecibles sufrimientos. Mira lo que sucedía en el tiempo del nacimiento de Jesús: violencia, injusticia, abuso de poder, personas sin hogar, refugiados que huían de la opresión, familias destrozadas y angustia sin fin. Se parece mucho a la actualidad.

En segundo lugar, nuestro mundo está «en la oscuridad» porque nadie sabe cómo curar el mal y el sufrimiento que hay en él. Isaías 9:2: «El pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz», es un famoso texto cristiano, consagrado en *El Mesías* de Handel como una de las profecías del nacimiento de Jesús. No obstante, es el final de Isaías 8 el que explica por qué necesitamos la luz de Dios. En los versículos 19-20, vemos cómo la gente consulta a los magos y a los agoreros en vez de a Dios. Luego, el capítulo termina: «Ustedes habrán de enfurecerse cuando, angustiados y hambrientos, vaguen por la tierra […] y clavando la mirada en la tierra, sólo verán aflicción, tinieblas y espantosa penumbra; ¡serán arrojados a una oscuridad total!» (vv. 21-22).

¿Qué sucede aquí? Están «clavando la mirada en la tierra» y buscando los recursos humanos para arreglar el mundo. Buscan a sus expertos, a los místicos, a los eruditos para encontrar soluciones. *Es verdad* —dicen—, *estamos en oscuridad, pero podemos sobreponernos por nuestros medios*. La gente pretende lo mismo hoy en día. Algunos miran más al estado, otros al mercado y todos miran a la tecnología. Sin embargo, todos comparten la misma suposición. Las cosas están oscuras, pero creemos que podemos terminar con esa oscuridad mediante el intelecto y la innovación.

Años atrás, leí un aviso en el *New York Times* que decía: «El significado de Navidad es que el amor triunfará y todos podremos armar un mundo de unidad y paz». En otras palabras, *nosotros* tenemos la luz adentro y, por lo tanto, somos quienes podemos disipar la oscuridad del mundo. Podemos vencer la pobreza, la injusticia, la violencia y el mal. Si podemos trabajar juntos, podemos crear «un mundo de unidad y paz».

¿Podemos? Uno de los líderes mundiales más reflexivos de finales del siglo XX fue Václav Havel, el primer presidente de la República Checa. Se

encontraba en una posición estratégica única, desde donde podía mirar de cerca y en profundidad el socialismo y el capitalismo, y no era optimista en cuanto a que alguno de los dos, por sí mismos, pudiera resolver los más grandes problemas humanos. Sabía que la ciencia que no está guiada por principios morales nos dio el Holocausto. Llegó a la conclusión de que ni la tecnología, ni el estado, ni el mercado por sí solos pueden salvarnos de los conflictos nucleares, de la violencia étnica o de la degradación del medio ambiente. «La búsqueda de una vida buena no ayudará a la humanidad a salvarse a sí misma, ni tampoco la democracia es suficiente —dijo Havel—. Se necesita una vuelta a Dios y una búsqueda de Él».[1] Añadió que «la raza humana se olvida constantemente de que no es Dios».[2]

El realismo de Navidad

A pesar de la sinceridad del anuncio del *Times*, el mensaje de Navidad *no* es que «podremos armar un mundo de unidad y paz». En realidad, es exactamente lo opuesto. Havel lo dice bien: la humanidad no puede salvarse a sí misma. Es más, argumenta que la creencia de que podemos salvarnos a nosotros mismos —que algún sistema político o alguna ideología pueden arreglar los problemas humanos— solo ha conducido a más oscuridad. Si, al igual que el filósofo Bertrand Russell, no crees que existe un Dios o alguna realidad sobrenatural y trascendente, y te vuelcas a la ciencia para que te ilumine, las cosas terminan cada vez más oscuras:

> En líneas generales, aunque más carente de propósito y más vacío de significado, así es el mundo que la ciencia nos presenta para que creamos […]. El hombre es producto de causas que no previeron el fin que alcanzaban; que su origen, su crecimiento, sus esperanzas y temores, sus amores y creencias no son más que el resultado de arreglos accidentales de átomos; que no hay fuego, ni heroísmo, ni intensidad de pensamiento y de creencia que puedan preservar a una vida individual más allá de la tumba; que todos los trabajos de las edades, toda la devoción, toda la inspiración, toda la brillantez del genio humano están destinados a la extinción en la vasta muerte del sistema solar, y que todo el templo del logro humano debe quedar sepultado inevitablemente bajo

> los escombros de un universo en ruinas [...]. Solo dentro del andamiaje de estas verdades, solo sobre el firme fundamento de la inquebrantable desesperación, puede, a partir de aquí, construirse de modo seguro la habitación del alma.[3]

¡Vaya visión oscura! Además, confirma lo que vimos en Isaías 8: que si miramos solo a la tierra y buscamos los recursos humanos, la oscuridad empeora.

Por lo tanto, Navidad es la manera menos sentimental y más realista de ver la vida. No dice: «¡Alégrense! Si todos nos unimos, podemos hacer del mundo un lugar mejor». La Biblia nunca aconseja que seamos indiferentes a las fuerzas de las tinieblas; nos insta a resistirlas, pero no apoya ninguna ilusión de que podamos vencerlas por nosotros mismos. El cristianismo no está de acuerdo con los pensadores optimistas que dicen: «Podemos arreglar las cosas si nos esforzamos lo suficiente». Tampoco está de acuerdo con los pesimistas que solo ven una distopía futura. En cambio, el mensaje del cristianismo es: «Las cosas están muy mal y no podemos sanarnos ni salvarnos a nosotros mismos. La realidad es verdaderamente oscura; *sin embargo*, hay esperanza». El mensaje de Navidad es que «el pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz». Fíjate que no dice que del mundo salió una luz, sino que al mundo vino una gran luz. Vino desde fuera. Hay una luz afuera de este mundo y Jesús ha traído esa luz para salvarnos, ya que Él *es* la luz (Juan 8:12).

El significado de la luz

Cuando Isaías habla de la luz de Dios que «ha resplandecido» sobre un mundo en oscuridad, hace pensar en la luz del sol como símbolo. La luz del sol trae *vida*, *verdad* y *belleza*.

El sol nos da vida. Si desapareciera, nos congelaríamos. El sol es fuente de toda vida. Asimismo, la Biblia dice que solo en Dios «vivimos, nos movemos y existimos» (Hech. 17:28). Existimos solo porque Él nos sostiene, nos mantiene unidos en todo momento. Tu ser es un préstamo de Su parte. Esto no solo comprende tu cuerpo físico, sino también tu espíritu y tu alma. Según la Biblia, hemos perdido la relación original, plena y correcta con Dios que teníamos al comienzo (Gén. 3:1-24). Por esta razón, en algún momento

conoceremos la muerte física y por esto experimentamos la muerte espiritual ahora: pérdida de significado y esperanza, deseos adictivos y desordenados, un profundo descontento que no puede ser satisfecho, vergüenza y luchas con la identidad, y la incapacidad de cambiar.

El sol nos muestra la verdad. Si conduces un auto por la noche sin las luces encendidas, es probable que choques. ¿Por qué? La luz revela la verdad, cómo son las cosas en realidad, y no tendrás verdad suficiente para conducir el auto de manera segura. Así también, la Biblia dice que Dios es la fuente de toda verdad (1 Jn. 1:5-6). En un sentido, la única razón por la que puedes tener algún conocimiento es Dios. Él creó tu mente y tus facultades cognitivas. En otro sentido, no podemos conocer quién es Dios a menos que Él se nos revele, lo que hace en la Biblia. Solo a través de Él funciona tu capacidad para razonar y solo a través de Su Palabra, puedes comprender verdaderamente quién es Él y como consecuencia, quién eres tú, Su creación.

El sol es hermoso. La luz es deslumbrante y da alegría. Esto es así literalmente. En lugares donde solo hay unas pocas horas de luz de día en ciertos momentos del año, muchos sufren de depresión. Necesitamos la luz para tener alegría. Dios es la fuente de toda belleza y alegría. Como es bien sabido, San Agustín dijo: «Nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran su descanso en ti» (*Confesiones* 1.1.1). Agustín creía que, aunque parezca que estás disfrutando de otra cosa, Dios es la verdadera fuente de tu alegría. Aquello que amas proviene de Él y es encantador porque lleva Su firma. Todo gozo verdadero se encuentra en Dios y todo lo que disfrutas de verdad es un derivado, porque en realidad, lo estás buscando a Él, aunque no lo sepas.

El resplandor de la luz

Entonces, solo Dios posee la vida, la verdad y el gozo que nos falta y que no podemos generar por nosotros mismos. ¿Cómo puede esta luz divina «resplandecer» o, como dice literalmente Isaías 9, «destellar» sobre nosotros? Los versículos 6 y 7, los más conocidos del capítulo, nos impactan con una respuesta sin rodeos. El texto nos dice que la luz ha venido «*porque* nos ha nacido un niño». Este niño la trae, porque es «Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz». Cabe destacar que los cuatro títulos

que se le aplican a este niño pertenecen solo a Dios. Él es el Dios fuerte. Él es el Padre eterno, lo que significa que es Creador y, sin embargo, *ha nacido*. En ninguna otra religión importante existe una afirmación similar. Él es un ser humano. Sin embargo, no es alguna clase de avatar del principio divino. ¡Es Dios!

Resulta casi demasiado limitado decir que esto es lo que «celebramos» en Navidad. Nos quedamos boquiabiertos, perdidos en el asombro, el amor y la alabanza. En el resto de este libro, nos referiremos a todo lo que implica que Dios haya nacido en nuestro mundo. Tan solo mencionemos dos consecuencias aquí al comienzo.

En primer lugar, si Jesucristo es realmente Dios fuerte y Padre eterno, no puede simplemente *gustarte*. En la Biblia, la gente que vio y escuchó a Jesús nunca reaccionó con indiferencia; ni siquiera con tibieza. Cuando se daban cuenta de lo que decía ser, se asustaban, se enfurecían o se arrodillaban ante Él y lo adoraban. Pero a nadie simplemente le caía bien. Nadie dijo: «Es de tanta inspiración. Hace que desee vivir una vida mejor». Si el bebé que nació en Navidad es el Dios fuerte, entonces debes servirle por completo. Volveremos a considerar esta implicancia en el capítulo 3.

En segundo lugar, si Jesús es el Consejero admirable y el Príncipe de paz, deberías *desear* servirlo. ¿Por qué habría de llamárselo «consejero»? Cuando atraviesas una circunstancia sumamente difícil, es bueno conversar con alguien que ha recorrido el mismo camino, que conoce personalmente lo que estás pasando. Si verdaderamente Dios ha nacido en un pesebre, entonces tenemos algo que ninguna otra religión ha pretendido tener jamás. Es un Dios que te comprende de verdad, desde el interior de tu experiencia. Ninguna otra religión dice que Dios ha sufrido, que ha sido valiente, que conoce lo que es ser abandonado por los amigos, triturado por la injusticia, torturado hasta morir. Navidad muestra que Él conoce aquello por lo que estás atravesando. Cuando le hablas, te comprende.

Dorothy Sayers, una novelista y ensayista británica, dijo hace años:

> La encarnación significa que cualquiera haya sido la razón por la que Dios nos permitió caer […] sufrir, ser objetos de penurias y muerte, de todos modos, tuvo la sinceridad y el valor de probar su propia medicina […]. No le exige al hombre nada que no se haya exigido a sí mismo. Él

> atravesó toda la experiencia humana: desde las molestias triviales de la vida familiar y las restricciones limitantes del trabajo duro o la falta de dinero, hasta los peores horrores del dolor, la humillación, la derrota, la desesperación y la muerte […]. Nació en la pobreza y […] sufrió infinito dolor —todo por nosotros— y pensó que bien valía la pena.[4]

Isaías lo llama Consejero *admirable*, es decir, hermoso. Entonces, tal vez ahora, podemos vislumbrar quién es Él. Tenía la infinita altura de ser el Dios fuerte; sin embargo, se hizo como uno de nosotros, se enredó en nuestra condición, para conocer nuestra oscuridad. Nos salvó al ir a la cruz y todo lo hizo voluntariamente, por puro amor. Eso es hermoso. Cuando encontramos algo que es hermoso, que no es solo un deber, deseamos anidar allí y defenderlo porque es satisfactorio en sí mismo. Entonces, a la luz de todo lo que Él es y de lo que ha hecho por nosotros, esta es la razón por la que deberíamos obedecerle, no simplemente porque tenemos que hacerlo, sino porque lo deseamos.

En resumen, Jesús es la divina luz del mundo, porque trae nueva vida en reemplazo de nuestra muerte espiritual, porque nos muestra la verdad que sana la ceguera espiritual y porque es la belleza que rompe nuestras adicciones al dinero, al sexo y al poder. Como Consejero admirable, camina junto a nosotros aun a través de la sombra de muerte (Mat. 4:16), donde nadie más puede acompañarnos. Él es una luz para nosotros cuando todas las demás luces se apagan.[5]

La luz de la gracia

Sin embargo, ¿cómo puede esta luz llegar a ser nuestra? Fíjate que no solo dice: «Porque nos ha nacido un niño». También agrega: «se nos ha concedido un hijo». Es un regalo. Solo puede ser tuya si estás dispuesto a recibirla como un regalo de gracia.

El versículo 5 también lo insinúa. Habla de una gran batalla, pero dice: «Todas las botas guerreras que resonaron en la batalla, y toda la ropa teñida en sangre serán arrojadas al fuego, serán consumidas por las llamas». Los comentaristas nos dicen que esta imagen significa que la gran victoria sobre el mal no requerirá de nuestra fuerza. No necesitaremos las botas de un

guerrero ni armadura ni espada. Derrítanlas. Quémenlas. Habrá otro que peleará por ti. ¿Quién?

Isaías no nos lo dice aquí. Tienes que esperar hasta llegar a los «Cánticos del Siervo» de Isaías 42–55, donde el profeta señala a un misterioso libertador que vendrá. Sobre él, se nos dice: «Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados» (Isa. 53:5). Cuando Jesús fue a la cruz, pagó nuestra deuda de pecado. Si confiamos en la obra de Cristo a nuestro favor y no en nuestros esfuerzos morales, Dios nos perdona, nos acepta e implanta Su Espíritu Santo en nosotros para renovarnos desde dentro hacia fuera. Esta gran salvación, esta luz que resplandece sobre ti con toda su nueva vida, verdad y belleza, llega como un regalo. La única manera en que puedes recibirlo es admitir que es una gracia inmerecida.

Navidad tiene que ver con recibir regalos, pero piensa en lo desafiante que es recibir cierta clase de regalos. Por su naturaleza misma, algunos regalos hacen que tengas que tragarte el orgullo. Imagina si abrieras el regalo de un amigo la mañana de Navidad… y fuera un libro de dietas. Luego, quitas la cinta y el envoltorio de otro, y te encuentras con otro libro de un amigo… *Cómo vencer el egoísmo*. Si les dices: «*Muchas* gracias», en un sentido estás admitiendo: «porque, en realidad, soy gordo y odioso». En otras palabras, es difícil recibir algunos regalos, porque hacerlo es admitir tus fallas y debilidades, reconocer que necesitas ayuda. Tal vez en alguna ocasión, tuviste un amigo que se enteró de que estabas en problemas financieros y se acercó a ti para ofrecerte una gran suma de dinero para sacarte de tu aprieto. Si alguna vez te sucedió, probablemente descubriste que recibir el regalo significaba tragarte el orgullo.

Jamás ha existido un regalo que te haga tragarte el orgullo tan hondo como lo requiere el regalo de Jesucristo. Navidad significa que estamos tan perdidos, que somos tan incapaces de salvarnos a nosotros mismos, que lo único que podía salvarnos era la muerte del Hijo de Dios. Esto quiere decir que *no* eres alguien que pueda recomponerse y llevar una vida moral y buena.

Para aceptar el verdadero regalo de Navidad, debes admitir que eres pecador. Necesitas ser salvo por gracia. Debes renunciar al control de tu vida. Eso es descender más bajo de lo que cualquiera de nosotros pueda desear. Sin

embargo, la grandeza de Jesucristo se ve en las profundidades a las que descendió para amarnos. Alcanzarás la regeneración espiritual y eventual grandeza atravesando el mismo camino. Él descendió a la grandeza y la Biblia dice que solo a través del arrepentimiento puedes venir a Su luz. C. S. Lewis lo expresa a la perfección. Según él, en la encarnación…

> atisbamos un nuevo principio clave: el poder del Altísimo, precisamente por ser verdaderamente Altísimo, que desciende, el poder del más grande para incluir a los más inferiores […]. En todas partes, lo grande penetra en lo pequeño; el poder para hacerlo es casi la prueba de su grandeza. En la historia cristiana, Dios […] desciende desde las alturas del ser absoluto hasta el tiempo y el espacio, desciende a la humanidad; desciende aún más, si los embriólogos tienen razón, para recapitular en las fases antiguas y prehumanas de la vida en el útero. […] desciende hasta las raíces mismas y el fondo marino de la naturaleza que Él ha creado. Pero desciende para ascender nuevamente y llevar consigo a todo el mundo en ruinas. […] Se podría pensar en un buzo, que primero se reduce a la desnudez, luego se arroja por el aire, cae y salpica, desaparece, desciende rápidamente por el agua verde y tibia hacia el agua negra y fría, sigue descendiendo con una presión cada vez más fuerte hasta llegar a una región que parece de muerte, llena de fango y vieja decadencia; luego sube otra vez, de vuelta al color y la luz, con los pulmones a punto de estallar, hasta que de pronto, traspasa la superficie mientras sostiene en su mano aquel objeto empapado y precioso que descendió a buscar.[6]

Cuando Jesús murió en la cruz, la tierra se cubrió de oscuridad (Mat. 27:45). La luz del mundo descendió a la oscuridad para llevarnos a la preciosa luz de Dios (1 Ped. 2:9). Las promesas de Navidad no pueden discernirse a menos que primero admitas que no puedes salvarte a ti mismo y que ni siquiera puedes conocerte a ti mismo sin la luz de Su inmerecida gracia en tu vida. Esta verdad es el cimiento a partir del cual podemos seguir aprendiendo sobre los significados ocultos de Navidad.



CAPÍTULO 2

Las madres de Jesús



Tabla genealógica de Jesucristo […]. Judá, padre de Fares y de Zera, cuya madre fue Tamar […]. Booz, padre de Obed, cuya madre fue Rut […]. David fue el padre de Salomón, cuya madre había sido la esposa de Urías […]. José, que fue el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. […] Así que hubo en total catorce generaciones desde Abraham hasta David, catorce desde David hasta la deportación a Babilonia, y catorce desde la deportación hasta el Cristo.

MATEO 1:1,3,5,6,16,17

El relato del Evangelio de Mateo sobre el nacimiento de Jesús no comienza con los bien conocidos sucesos de la natividad en sí: la estrella, los pastores y el pesebre. Comienza en la neblina de tiempos aún más antiguos, para proporcionar una genealogía larga y aparentemente tediosa. Es fácil perder la paciencia con estos versículos y darles una leída rápida hasta llegar a la verdadera acción. Sin embargo, Navidad no se refiere solo a un nacimiento, sino a una *venida*. Dios había planeado la llegada de Su Hijo aun antes de crear la tierra (Apoc. 13:8) y, como todo buen escritor, auguró la gran persona que sería Jesús a través del curso de la historia.

Entonces, aquí aprendemos mucho más de lo que podrías pensar en un principio. ¿Qué nos dicen estas genealogías sobre el significado de Navidad y del cristianismo? Aprenderemos dos cosas de lo que Mateo *no* dice y dos de lo que registra.

El evangelio es una buena noticia, no un buen consejo

Mateo no comienza su historia del nacimiento de Jesús con la frase: «Había una vez». Así es como comienzan los cuentos de hadas, las leyendas, los mitos y *La guerra de las galaxias*. «Había una vez» señala que probablemente eso no sucedió o que no sabemos si lo hizo, pero es una bella historia que nos deja muchas enseñanzas. Pero esta no es la clase de relato que nos da Mateo. Él nos dice: «Tabla genealógica de Jesucristo». Esto significa que está fundamentando quién es Jesucristo y qué hace en la

historia. Jesús no es una metáfora. Es real. Todo esto sucedió.

Y esto es importante por lo siguiente. El consejo apunta a lo que debes hacer. La noticia es un registro de lo que ya se ha *hecho*. El consejo te insta a hacer algo. La noticia te insta a reconocer algo que ya ha sucedido y a responder a ello. El consejo dice que la acción depende de ti. La noticia dice que otra persona ha actuado. Digamos que hay un ejército invasor que avanza sobre una ciudad. Lo que esa ciudad necesita son consejeros militares; necesita consejo. Alguien debe explicar que las excavaciones y las trincheras deben hacerse aquí, que los tiradores deben subir allí y los tanques deben descender por allá.

No obstante, si un gran rey ha interceptado y derrotado al ejército invasor, ¿qué necesita la ciudad entonces? No necesita consejeros militares; necesita mensajeros, y el término griego para mensajeros es *ángelos*, ángeles. Los mensajeros no dicen: «Esto es lo que deben hacer». Más bien, avisan: «Les traigo buenas nuevas de gran gozo». En otras palabras: «¡Dejen de huir! Dejen de construir fortificaciones. Dejen de intentar salvarse a ustedes mismos. El Rey los ha salvado». Algo ha sucedido que transforma todo.

Los textos bíblicos sobre Navidad son relatos de lo que verdaderamente sucedió en la historia. No son las fábulas de Esopo, ejemplos inspiradores de cómo vivir bien. Muchos creen que el evangelio no es más que otra historia moralizadora, pero están completamente equivocados. En la natividad, no existe «moraleja de la historia». Los pastores, los padres de Jesús y los sabios no se nos presentan en primer lugar como ejemplos. Estas narraciones de los Evangelios no te dicen lo que debes hacer, sino lo que Dios ha hecho. El nacimiento del Hijo de Dios en el mundo es un evangelio, una buena noticia, un anuncio. No te salvas a ti mismo. Dios ha venido a salvarte.

Sostengo que otras religiones y muchas iglesias, al hablar de la salvación, la entienden y la proclaman como un consejo. La salvación es algo por lo que *tú* debes luchar, que *tú* debes realizar. Solo llega si oras, obedeces o transformas tu conciencia. Pero el evangelio cristiano es diferente. Los fundadores de las grandes religiones dicen, de un modo u otro: «Estoy aquí para mostrarte el camino a la realidad espiritual. *Haz* todo esto». Eso es consejo. Jesucristo, el fundador del cristianismo, viene y dice: «Yo soy la realidad espiritual misma. Nunca podrías llegar hasta mí, así que he descendido hasta ti». Eso es una

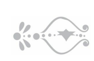
noticia.

Por supuesto, Navidad es solo el comienzo de la historia de cómo Dios vino a salvarnos. Jesús tendría que ir a la cruz. No obstante, el todo de la vida y la salvación de Jesús se encuentra aquí en forma embrionaria, anticipando lo que sucederá. Vino a ponerse en nuestro lugar, a pagar el precio de nuestro pecado, a recibir lo que nosotros merecíamos. A la luz de nuestro pecado contra Dios y contra nuestro prójimo, ¿dónde mereceríamos estar? Afuera, en el frío y la oscuridad. Jesús nació en el establo frío y oscuro, pero esto fue solo un presagio. Al final de Su vida, exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46). En la cruz, fue lanzado hacia la oscuridad espiritual para que nosotros pudiéramos ser traídos a la calidez y la luz de la presencia de Dios.

Entonces, el cristianismo no tiene que ver principalmente con la autosuperación. No es simplemente un lugar donde encontrar algo de inspiración y de guía para la vida. Por supuesto, el evangelio cristiano posee importantísimas implicancias en cuanto a cómo vivir. Pero, en primer lugar, es un mensaje que avisa que necesitas ser salvo y no te salvas ni remotamente por lo que puedes hacer, sino más bien por lo que Él ha hecho. No comienzas con Cristo al adoptar una ética, ni al dar vuelta una página; ni siquiera al unirte a una comunidad. No; comienzas al creer el informe de lo que ha sucedido en la historia. ¿Es verdad que Dios se hizo hombre? ¿Es verdad que Jesús vivió, sufrió y murió por ti? ¿Es verdad que se levantó triunfante de la tumba? Si es así, entonces, todas las otras cosas que nos dice la Biblia sobre cómo vivir tienen sentido. Pero si la historia bíblica comienza: «Había una vez», si es un consejo inspirador y no la declaración de los sucesos más grandes de la historia, entonces, son todas sandeces. Navidad nos muestra que el cristianismo no es un buen consejo. Es una buena noticia.



La historia del evangelio cambia nuestra manera de leer otras historias



La historia de Navidad no es ficción; sin embargo, alegaría que cambia la manera en que leemos ficción del modo más maravilloso.

Justo antes de que saliera la película *El señor de los anillos*, de Peter Jackson, se publicaron una inmensa cantidad de artículos escritos por críticos

literarios y otras élites culturales, que lamentaban el atractivo popular que tienen las fantasías, los mitos y las leyendas, muchos de los cuales (según su pensamiento) promovían puntos de vista retrógrados. Se supone que la gente moderna debe ser más realista. Deberíamos darnos cuenta de que las cosas no son negras o blancas, sino grises; que los finales felices son crueles, porque la vida no es así. En la revista *The New Yorker*, Anthony Lane se expresó así sobre la novela de Tolkien: «Es un libro lleno de acciones valerosas; sin embargo, ceder ante él —disfrutarlo de verdad, como hizo la mayoría de nosotros en una primera lectura— revela […] la renuencia a enfrentar los matices más finos de la vida, que raya con lo cobarde»[1]. A pesar de todo, Hollywood sigue reciclando cuentos de hadas en diversas formas, porque la gente los desea.

Por supuesto, los grandes cuentos de hadas y las grandes leyendas —«La bella y la bestia», «La bella durmiente», «El rey Arturo», «Fausto»— no fueron verídicos. No están basados en hechos reales. Sin embargo, parecen satisfacer una cantidad de anhelos en el corazón humano que la ficción realista jamás puede tocar o satisfacer. Esto es así porque en lo profundo del corazón humano existen estos deseos de experimentar lo sobrenatural, de escapar de la muerte, de conocer un amor que jamás podemos perder, de no envejecer, sino de vivir lo suficiente como para cumplir nuestros sueños creativos, para volar, para comunicarnos con seres que no sean humanos, para vencer sobre el mal. Si se narran bien las historias que nos cuentan, nos resultan increíblemente conmovedoras y satisfactorias. ¿Por qué? Esto se debe a que, aunque sepamos que estas historias en realidad no sucedieron, nuestros corazones anhelan estas cosas y una historia bien contada satisface momentáneamente estos deseos, al rascar la terrible comezón.

«La bella y la bestia» nos dice que existe un amor que puede liberarnos de la bestialidad que hemos creado para nosotros mismos. «La bella durmiente» nos muestra que estamos en una especie de hechizo de sueño y que existe un noble príncipe que puede venir a destruirlo. Oímos estas historias y nos conmueven, porque en lo profundo de nuestros corazones creemos, o deseamos creer, que todo esto es verdad. La muerte *no* debería estar al final del camino. *No* deberíamos perder a nuestros seres queridos. El mal *no* debería triunfar. Nuestros corazones sienten que, aunque las historias en sí no

sean ciertas, las realidades subyacentes detrás de las historias son ciertas de algún modo o *deberían serlo*. Pero nuestras mentes dicen que no y los críticos dicen que no. Insisten en que, cuando cedes a los cuentos de hadas, cuando crees de verdad en los absolutos morales, en lo sobrenatural y en la idea de que viviremos para siempre, eso no es la realidad, y es cobarde entregarte a estas fantasías.

Entonces, llegamos a la historia de Navidad. A primera vista, parece una leyenda más. Aquí tenemos la historia de alguien de otro mundo que irrumpe en el nuestro y que tiene poderes milagrosos; puede calmar la tormenta, sanar a la gente y resucitar a los muertos. Luego, los enemigos se vuelven contra él y lo matan… y parece que toda la esperanza ha acabado, pero finalmente, resucita de entre los muertos y salva a todos. Leemos esto y pensamos: ¡Otro gran cuento de hadas! Por cierto, parece que la historia de Navidad es otra más que *señala* estas realidades subyacentes.

Pero el Evangelio de Mateo lo refuta al enmarcar a Jesús en la historia, no en aquello de «había una vez». Nos dice que no es un cuento de hadas. Jesucristo no protagoniza otra encantadora historia más que señala a esas realidades subyacentes: Jesús *es* la realidad subyacente a la que todas las historias señalan.

Jesucristo ha venido de ese mundo eterno y sobrenatural que sentimos que existe, que nuestros corazones saben que está allí, aunque nuestras mentes lo nieguen. En Navidad, Él abrió una brecha entre lo ideal y lo real, lo eterno y lo temporal, y vino a nuestro mundo. Si Mateo tiene razón, quiere decir que en este mundo *existe* un hechicero malvado y que estamos bajo un maleficio; además, *existe* un noble príncipe que ha roto el hechizo y existe un amor del cual jamás nos separaremos. Algún día, también volaremos, derrotaremos la muerte y en este mundo «de dientes y garras enrojecidos», algún día hasta los árboles danzarán y cantarán (Sal. 65:13, 96:11-13).[2]

Dicho de otra manera, aunque los cuentos de hadas no son objetivamente reales, la verdad de Jesús significa que todas las historias que amamos no son un escapismo en absoluto. En un sentido, ellas (o las realidades sobrenaturales que señalan) se harán reales en Él.

Si eres cristiano, es difícil saber qué responderle a un niño que está leyendo un libro, cuando te dice: «Desearía que existiera un noble príncipe que nos

salvara del dragón. Quisiera que existiera un Supermán. Desearía que pudiéramos volar. Ojalá pudiéramos vivir para siempre». No puedes espetar simplemente: «¡Lo hay! ¡Lo haremos!». En la película *Hook*, hay una escena donde Maggie Smith hace el papel de la Wendy de la historia de Peter Pan, pero que ha envejecido. Le habla a Robin Williams, un Peter Pan adulto que tiene amnesia. A él le divierten las historias que Wendy les narra a los niños, pero en un momento, ella lo mira a los ojos y le dice: «Peter, las historias son reales». Si la Navidad sucedió de verdad, significa que toda la raza humana sufre de amnesia, pero que las historias que más nos encantan no son tan solo un mero escapismo. El evangelio, como es una historia verídica, significa que, en el sentido supremo, todas las mejores historias resultarán ciertas.

El evangelio trastorna los valores del mundo

Hemos visto lo que Mateo *no* dice al comenzar su Evangelio con una genealogía. Pero, ¿qué nos está diciendo?

En este momento, debemos recordar la cultura en la que Mateo vivía y escribía. Vivimos en una cultura individualista en la cual te recomiendas a otros con una lista de tus títulos, de tu experiencia laboral y de tus logros. Así no se hacían las cosas en una sociedad más comunal y centrada en la familia. Mateo 1 puede parecer una genealogía, y lo es, pero también es un currículum. En aquellos tiempos, la familia, el linaje y el clan —la gente con la que estabas conectado— era la que constituía tu currículum. Por tanto, una genealogía era una manera de decirle al mundo: «Este soy yo».

Es interesante saber que, en aquellos días, la gente retocaba su currículum tal como se hace hoy en día. Tendemos a omitir las partes de nuestros antecedentes que podrían dejarnos mal parados, y eso hacía la gente en los tiempos antiguos. Sabemos que Herodes el Grande quitó muchos nombres de su genealogía pública porque no quería que nadie supiera que estaban conectados con él. El propósito de un currículum genealógico era impresionar a los observadores con la alta calidad y la respetabilidad de las raíces.

No obstante, Mateo hace exactamente lo opuesto con Jesús. Esta genealogía es sorprendentemente distinta a otras antiguas. Para comenzar, se enumera a cinco mujeres, todas madres de Jesús. Esto no resulta inusual para los lectores modernos, pero en las antiguas sociedades patriarcales, jamás se

nombraba a una mujer en estas listas; mucho menos a cinco. En aquellas culturas, se podría decir que las mujeres eran «marginadas de género», pero sin embargo, están en la genealogía de Jesús. Además, la mayoría de las mujeres en el currículum de Jesús eran gentiles (Tamar, Rahab, Rut). Dos cananeas y una moabita. Para los antiguos judíos, estas naciones eran impuras; no se les permitía entrar al tabernáculo o al templo para adorar. Podríamos llamarlos «marginados raciales», y sin embargo, están en la genealogía de Jesús.

Existe otra dimensión sorprendente. Al nombrar a estas mujeres en particular, Mateo deliberadamente les recuerda a los lectores algunos de los incidentes más sórdidos, desagradables e inmorales de la Biblia. Por ejemplo, dice que Judá fue el padre de Farez y Zera, cuya madre fue Tamar (v. 3). Recuerda lo que sucedió. Tamar engañó a su suegro, Judá, para que durmiera con ella (aunque en la historia completa, también queda claro que Judá había sido injusto con ella). Esto fue un acto de incesto, que en toda la Biblia está considerado como algo contrario a la ley de Dios. Aunque Jesús descendía de Farez y Zera, Mateo los incluye a ellos, a Judá y Tamar, para asegurarse de que tengamos toda la historia en mente. De esa familia disfuncional provino el Mesías.

También recuerda quién era Rahab (v. 5). No solo era cananea, sino también prostituta. Sin embargo, tal vez el personaje más interesante y la historia de fondo más notable en toda la genealogía se encuentra en el versículo 6. Allí dice que, entre los ancestros de Jesús, se encuentra el rey David. Puedes pensar: *¡Al fin hay alguien que puedes querer en tu genealogía, un rey!* No obstante, Mateo añade, en uno de los sobrentendidos más grandes e irónicos de la Biblia, que David fue el padre de Salomón, «cuya madre había sido la esposa de Urías». Si no supieras nada de la historia bíblica, esto podría resultarte extraño. ¿Por qué no dar solo su nombre? Se llamaba Betsabé, pero Mateo nos invita a recordar un capítulo trágico y terrible de la historia de Israel.

Cuando David era un fugitivo que huía del rey Saúl para salvar su vida, un grupo de hombres salió al desierto con él, lo rodeó y arriesgó la vida para protegerlo. Se los llamó «los valientes de David». Arriesgaron todo por él y Urías fue uno de ellos, un amigo a quien David le debía la vida (2 Sam.

23:39). Sin embargo, años después, cuando David era rey, se fijó en la esposa de Urías, Betsabé, y la deseó. Durmió con ella y, luego, hizo los arreglos para que a Urías lo asesinaran y así poder casarse con ella. Lo hizo y uno de sus hijos fue Salomón, del cual descendía Jesús. ¿Sabes por qué Mateo omite el nombre «Betsabé»? No es para despreciarla; es una crítica feroz a David. De esa familia disfuncional y de ese hombre con profundos defectos vino el Mesías.

Entonces, aquí tenemos marginados morales: adúlteros, relaciones incestuosas, prostitutas. En realidad, se nos recuerda que hasta los ancestros masculinos prominentes —Judá y David— eran fracasados morales. También tenemos marginados culturales, raciales y de género. La Ley de Moisés apartaba a estas personas de la presencia de Dios y, sin embargo, a todos se los reconoce públicamente como antepasados de Jesús.

¿Qué significa esto? En primer lugar, nos muestra que la gente que está excluida por la cultura, por la sociedad respetable e incluso por la ley de Dios puede entrar en la familia de Jesús. No importa tu genealogía; no importa lo que hayas hecho; no importa si mataste gente. Si te arrepientes y crees en Él, la gracia de Jesucristo puede cubrir tu pecado y unirte a Él. En la antigüedad, existía el concepto de «impureza ceremonial». Si deseabas permanecer santo, respetable o bueno, debías evitar el contacto con lo que no era santo. La falta de santidad era considerada «contagiosa», por así decirlo, y debías mantenerte alejado. Pero Jesús revierte esta realidad. Su santidad y bondad no pueden contaminarse por el contacto con nosotros. En cambio, Su santidad nos contagia cuando tenemos contacto con Él. Cuando vienes a Jesús, sin importar quién seas ni qué hayas hecho, sin importar las manchas morales que tengas, Él puede volverte tan puro como la nieve (Isa. 1:18).

Por otra parte, mira al rey David. Tenía todos los avales de poder del mundo: era hombre, no mujer; era judío, no gentil; era de la realeza, no de la pobreza. Sin embargo, como nos muestra Mateo, él también puede estar en la familia de Jesús solo por gracia. Sus obras perversas fueron peores que todo lo que hayan hecho las mujeres de esta historia. Sin embargo, aquí está. La gente buena no es la que está adentro ni la mala es la que está afuera. Todos están adentro solo por la gracia de Jesucristo. Puedes estar de pie ante Dios solo gracias a lo que Jesús ha hecho por ti.

Entonces, no hay nadie, ni siquiera el ser humano más grande, que no necesite la gracia de Jesucristo. Y no existe nadie, ni siquiera el peor ser humano, que no pueda recibir la gracia de Jesucristo si hay arrepentimiento y fe.

En Él, las prostitutas y los reyes, los hombres y las mujeres, los judíos y los gentiles, una raza u otra, los morales y los inmorales, todos son iguales. Son pecadores y están perdidos por igual; son aceptados y amados por igual. En la versión Reina Valera 1960, este capítulo está lleno de «engendramientos»: «Este engendró a este otro...». ¿Aburrido? No. La gracia de Dios es tan penetrante que incluso los engendramientos de la Biblia destilan misericordia divina.

Él no se avergüenza de nosotros. Todos pertenecemos a Su familia. Hebreos 2 dice que Él: «no se avergüenza de llamarlos hermanos» (v. 11, RVR1960).

Aquí también hay otra cuestión. Todas las culturas alientan a sus miembros a menospreciar a algunas personas para felicitarse a sí mismos por su superioridad. Puede tratarse de personas de otra raza o clase. Tal vez menosprecias a esos pretenciosos que tienen demasiada educación, o a esos incultos que carecen de ella. Tal vez menosprecias a aquellos con puntos de vista políticos que, a tu entender, arruinan el país. En todos estos ejemplos, te han enseñado a ver a algunas personas como impuras, mediocres, impías, mientras que contigo no hay problema. Los valores de Jesucristo son radicalmente diferentes. El mundo valora el linaje, el dinero, la raza y la clase. Él pone todo esto patas arriba. Estas cosas que tanto importan fuera de la iglesia de Jesús no deben traerse adentro. Él dice, en un sentido: «En mi familia, aquellas cosas que son tan importantes en el mundo, no deben serlo aquí».

Tal vez Dios se tome Su tiempo, pero guarda Su palabra

Aquí tenemos otra cosa que aprendemos de la genealogía. Nos recuerda que la promesa de un Mesías se postergó durante generaciones hasta que se cumplió. Jesús era «el hijo de Abraham». Dios le dijo a Abraham que todos los pueblos de la tierra serían benditos a través de sus descendientes (Gén. 12:3). En realidad, fue incluso antes, en Génesis 3:15, que Dios mismo profetizó que vendría uno que «[aplastaría] la cabeza» de Satanás y derrotaría

al mal.

Pero pasaron siglos, milenios, hasta que el ángel vino a María y le habló sobre el hijo que tendría, y ella cantó: «… mostró su misericordia a Abraham y a su descendencia para siempre» (Luc. 1:54). ¡La promesa tardó mucho tiempo en llegar! Además, en los 400 años antes de que Cristo naciera, no hubo profetas enviados al pueblo; mucho menos un Mesías. Parecía que Dios se había olvidado de ellos. Parecía que nadie vendría. Pero entonces, llegó.

No puedes juzgar a Dios según tu calendario. Tal vez parezca lento, pero jamás olvida lo que promete. Quizás parezca que obra de manera muy lenta o incluso que olvida Sus promesas, pero cuando estas se hacen realidad (y se harán), siempre trascienden los límites de lo que habías imaginado.

Este es uno de los principales temas de la historia de la natividad y, por cierto, de la Biblia. Mira la historia de José en el Antiguo Testamento. Durante años, parecía que Dios ignoraba sus oraciones y permitía que experimentara desastre tras desastre. Pero al final, quedó claro que cada una de esas cosas debía suceder para que todos fueran salvos. José hasta pudo decirles a sus hermanos, que lo habían vendido como esclavo: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien» (Gén. 50:20). Piensa en Jesús, cuando lo llamaron para que sanara a una niña enferma de muerte y se detuvo a ocuparse de otro, dando lugar a la muerte de la hija de Jairo. Su sentido del momento oportuno parecía completamente equivocado… hasta que quedó claro que no era así (Mar. 5:21-43).

La gracia de Dios prácticamente nunca opera dentro de nuestro marco de tiempo, dentro de un esquema que consideramos razonable. Él no sigue nuestras agendas o esquemas. Cuando Jesús le habló a Jairo, el padre desesperado, cuya hija acababa de morir, le dijo: «Cree» (Mar. 5:36). Era como decir: «Si quieres imponerme tus tiempos, nunca sentirás que te amo y será tu culpa, porque yo sí te amo. Cumpliré mis promesas».

Dios parece olvidar Sus promesas, pero se manifiesta de maneras que no podemos imaginar antes de que sucedan. Piensa en la venida del Mesías prometido. Este Rey divino no nació en un castillo, sino en un abrevadero, en un pesebre. Frustró todas las expectativas, pero solo al venir en debilidad y morir en la cruz, pudo salvarnos. Dios cumplió Su promesa. Tal vez digas: «Bueno, es probable que Dios cumpla Su promesa conmigo, pero yo no he

cumplido las mías. He hecho un desastre con mi vida. Esto no tiene arreglo». Pero fíjate en la genealogía. En el versículo 2, dice que Jacob fue el padre de Judá, un antepasado del Mesías. ¿Sabes por qué Judá era hijo de Jacob? Jacob le mintió a su padre, Isaac, y lo engañó para conseguir el derecho de la primogenitura que le pertenecía a Esaú. Debido a este engaño, dividió la familia, puso a Esaú en su contra y tuvo que huir de su tierra para convertirse en fugitivo. Perdió a su familia. Experimentó consecuencias terribles por su pecado. Sin embargo, fue a raíz de todo esto que conoció a Lea, que se convirtió en un antepasado del Mesías.

Aquí ves el equilibrio. Lo que hizo Jacob estuvo mal y sufrió por eso. Sin embargo, Dios es mayor que nuestro pecado. Usó toda aquella sordidez, estupidez y pecado para cumplir Su promesa. Con Dios, no hay segundones. Navidad significa que Dios está llevando a cabo Sus propósitos. Cumplirá Sus promesas. Como dice el himno…

Porque sus misericordias para siempre son,

Siempre fieles, siempre seguras.[3]

Entonces, Navidad significa que: «aunque los molinos de Dios muelen lentamente […] hacen polvo el grano».[4] Tal vez parezca que Dios se ha olvidado, pero en este mismo momento, se encuentra en el proceso de preparar todo para que se cumplan las más grandes promesas. Lee la Biblia y fíjate en las promesas para los que creen. Él puede darnos más de lo que nos atrevemos a pedir o pensar (Ef. 3:20).

El evangelio es el descanso supremo

Por último, las genealogías enseñan que Jesús es el descanso supremo. Al final de la genealogía, Mateo les da mucha importancia a los números de las generaciones. En Mateo 1:17, dice que hubo catorce generaciones desde Abraham hasta David, catorce generaciones desde David hasta el exilio en Babilonia y catorce desde el exilio hasta Cristo. Entonces, hubo «seis sietes» de generaciones, y eso hace que Jesús sea el comienzo del *séptimo siete*.

¿Qué significa esto? En la Biblia, el número siete tiene suma importancia porque, como nos dice Génesis, Dios descansó de Su obra creadora en el séptimo día. El día de reposo —uno entre siete— es el día de descanso. No obstante, el simbolismo del siete en el día de reposo va más allá. En la ley

mosaica, cada siete años, el granjero no debía trabajar la tierra para darle la oportunidad de reponer sus nutrientes, y así, el séptimo año representaba reposo. Finalmente, en Levítico 25 se nos dice que el último año del séptimo período de siete años, el cuadragésimo noveno, debía ser un jubileo. Ese año, debía liberarse a todos los esclavos y debían perdonarse todas las deudas; toda la tierra y toda la gente debía descansar de su agotamiento y de sus cargas. El séptimo siete, el sábat de los sábats, era un anticipo del descanso final que todos tendremos cuando Dios renueve la tierra (Rom. 8:18-23, Heb. 4:1-11).

Mateo nos dice que este descanso solo llegará a nosotros a través de Jesucristo. ¿Te das cuenta de que Jesucristo no nació en «había una vez», sino que verdaderamente irrumpió en el tiempo y el espacio, llevó a cabo nuestra salvación de modo que las prostitutas y los reyes se sienten juntos en la misma mesa? Si lo crees, ahora mismo puedes comenzar a saborear ese reposo. ¿Cómo consigue esto la fe? Esta es una de las maneras: en Jesús, ya no tienes que demostrar quién eres, porque sabes que al final, en realidad no importa si eres un fracaso o un rey. Lo único que necesitas es la gracia de Dios y puedes tenerla, a pesar de tus fracasos. Luego de conocer al Señor, quieres vivir para complacerlo; pero no tienes que limpiar tu vida para conocerlo como Salvador y esto trae descanso interior.

También necesitamos descanso de los problemas y los males de este mundo. Nos parece que debemos controlar la historia, que tenemos que hacer que todo salga bien; pero esto no solo es agotador, sino también imposible. Navidad nos dice que, aunque parezca lo contrario, nuestro buen Dios tiene el control de la historia. Y algún día, pondrá las cosas en su lugar. Parte de nuestro descanso interno viene cuando el Espíritu nos recuerda toda esta salvación final y todo este descanso supremo. Entonces, tenemos una poderosa esperanza en el futuro que no es mero optimismo. Es la certeza de que, cuando todo termine, todo estará bien. Esto nos da paz y fortaleza cuando nos enfrentamos a las pruebas y las tragedias del presente. Finalmente, la gloria de Dios cubrirá el mundo como las aguas cubren el fondo del mar. Y entonces Jesús, el Rey del jubileo, nos dará el descanso perfecto y un final de amor y gozo.

Navidad no es un cuento que nos narra la historia de algo que sucedió para

enseñarnos a vivir mejor. ¡No! Jesús irrumpió en el mundo para salvarnos. ¡Cristo el Salvador ha nacido!



CAPÍTULO 3

Los padres de Jesús



El nacimiento de Jesús, el Cristo, fue así: Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de unirse a él, resultó que estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería exponerla a vergüenza pública, resolvió divorciarse de ella en secreto. Pero cuando él estaba considerando hacerlo, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel» (que significa «Dios con nosotros»).

MATEO 1:18-23

Cuando la mayoría de las personas piensa en ángeles en Navidad, recuerda a estos mensajeros que se les aparecieron a los pastores y a María. Suelen olvidar que un heraldo angelical también se le apareció a José, que se enteró de algunas cosas que nadie más sabía. Mateo 1:18-23 nos da este relato que no tiene precio, que nos afirma que Jesús es Dios, que es humano y que está con nosotros.

Jesús es Dios

Mateo transmite de varias maneras el mensaje central de Navidad de que Jesús no es simplemente un gran maestro ni tampoco un ser angelical, sino el mismísimo divino Dios. En el versículo 20 del primer capítulo, el ángel le dice a José que la vida que crece en el vientre de María no ha venido de ningún ser humano, sino del Padre celestial. Entonces, José se entera de que será el padre de Jesús solo en un sentido secundario. María está embarazada por el Espíritu Santo. Dios es el verdadero padre.[1]

No obstante, la declaración más directa de la identidad de Jesús aparece en el versículo 23. Allí, Mateo cita de Isaías 7:14: «“La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel” (que significa “Dios con nosotros”)». Durante siglos, los líderes religiosos y los eruditos judíos han conocido esta

profecía, pero no han creído que se la debe tomar literalmente. Han creído que predecía la llegada de algún gran líder, a través de cuya obra (en sentido figurado) Dios estaría presente con Su pueblo.

Pero Mateo afirma que esta promesa es mayor que toda otra que se pueda imaginar. No se cumplió en sentido figurado, sino literal. Jesucristo es «Dios con nosotros», porque la vida humana que crecía en el vientre de María era un milagro realizado por Dios mismo. Este niño es literalmente Dios.

Mateo era judío y seguramente estaba muy familiarizado con las Escrituras hebreas. Esto hace aún más sorprendente esta declaración. La visión particular que los judíos tenían de Dios los convertía en el pueblo menos abierto de la tierra a la idea de que un ser humano pudiera ser Dios. Las religiones orientales creían que Dios era una fuerza impersonal que impregnaba todas las cosas; por lo tanto, para ellos no era incongruente decir que algunos seres humanos eran en particular grandes manifestaciones de lo divino. La religión occidental de aquel entonces creía en múltiples deidades personales que no eran omnipotentes. Además, algunas veces se disfrazaban de seres humanos para cumplir sus propósitos. Entonces, para los griegos y los romanos era absolutamente aceptable que un personaje determinado pudiera ser Hermes o Zeus, infiltrado entre nosotros de incógnito.

En cambio, los judíos creían en un Dios que era personal *e* infinito, que no era un ser dentro del universo, sino más bien la razón de su existencia y que lo trascendía infinitamente. En la cosmovisión hebrea, todo militaba en contra de la idea de que un ser humano pudiera ser Dios. Los judíos ni siquiera pronunciaban el nombre *Yahvéh* ni lo deletreaban. Sin embargo, Jesucristo —a través de Su vida, de Sus declaraciones y de Su resurrección— convenció a Sus seguidores judíos más cercanos de que no era tan solo un profeta que les decía cómo encontrar a Dios, sino Dios mismo que venía a encontrarnos a nosotros.

Mateo no es el único autor bíblico que lo enseña. El apóstol Juan dice que Jesucristo es «el Verbo», que jamás fue creado, que existió con el Padre desde el comienzo y a través de quien todo fue creado (Juan 1:1-3). Pablo, judío y fariseo, dice que *toda* la plenitud de la Trinidad habita en Jesús corporalmente (Col. 2:9); no tan solo un tercio, una mitad o una parte, sino toda la sustancia divina. El apóstol Pedro, otro judío, escribe: «… a los que

por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo…» (2 Ped. 1:1). Jesucristo es «nuestro Dios».

Sin embargo, la opinión de estos autores no significaría mucho si Jesús no hubiera mostrado conciencia de Su identidad divina. Pero lo hizo. A lo largo de todos los Evangelios, constantemente perdona pecados, lo cual solo Dios puede hacer. También afirma, en varios lugares: «Volveré a juzgar la tierra», y solo Dios puede hacerlo. Declara tener un conocimiento mutuo con Dios el Padre (Mat. 11:27-28). En un momento, hasta llega a decir: «… antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!» (Juan 8:58). Se adjudica a sí mismo el nombre divino (comp. Ex. 3:13-14). En muchas ocasiones y de muchas maneras, Jesucristo, un judío, dijo: «Yo soy Dios» y miles le creyeron y vinieron a adorarlo (Hech. 2:41).

Esta es la declaración: Él es Dios. Muchos conocen esta doctrina y la mencionan de la boca para afuera, sin pensar en lo que implica. Si Jesús es realmente Dios, ¿qué significa para nosotros en sentido práctico?

Es un punto de inflexión intelectual

Algunos han sostenido que el milagro supremo del cristianismo no es la resurrección de Cristo de entre los muertos, sino la encarnación. El omnipotente Creador del universo, que no tiene principio, adquirió la naturaleza humana sin perder Su deidad, de modo que Jesús, el hijo de José de Nazaret, era cabalmente divino y cabalmente humano. De todo lo que proclama el cristianismo, esto es lo más impactante. J. I. Packer lo expresa sin rodeos:

> Dios se hizo hombre; el Hijo divino se hizo judío; el Todopoderoso apareció en la tierra como un indefenso bebé, incapaz de hacer otra cosa más que estar acostado, contonearse y hacer ruiditos, con la necesidad de que lo alimentaran, lo cambiaran y le enseñaran a hablar como a cualquier otro niño […]. La niñez del Hijo de Dios fue una realidad. Cuanto más lo piensas, más impactante se torna. No hay nada tan fantástico en la ficción como esta verdad de la encarnación.[2]

Packer continúa y plantea algo fascinante. Muchos dicen: «No puedo creer en los milagros». No pueden creer que Jesús caminara sobre el agua o resucitara muertos. También les puede resultar imposible creer en la

expiación: que la muerte de un hombre borrara los pecados de millones de personas. No obstante, Packer sostiene: «Es no creer o creer de manera incorrecta en la encarnación lo que suele hacer saltar dificultades en otros puntos de la historia del evangelio. Pero una vez que se capta la encarnación como una realidad, esas otras dificultades se disuelven».[3] Si existe un Dios y se hizo humano, ¿por qué habría de resultarte increíble que hiciera milagros, que pagara por los pecados del mundo o que resucitara muertos?

El camino de cada uno hacia la fe es diferente, como veremos más tarde en este libro. Pero he conocido a muchos que han descubierto que, cuando llegaron a comprender la encarnación, también se les hizo mucho más fácil aceptar el resto de las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Es una crisis personal

La declaración de que Jesús es Dios no solo plantea un desafío intelectual, sino que también produce una crisis personal. Una crisis es «un momento en una secuencia de sucesos en el cual se determina la tendencia de todos los sucesos futuros; en especial, para mejor o para peor».[4] Una crisis es una bifurcación en el camino y la afirmación de que «Jesucristo es Dios» es precisamente eso.

Siempre que ves a Jesús actuar en los Evangelios, lo ves poner en movimiento a la gente. Es como una pelota de billar gigante. Dondequiera que va, rompe los viejos patrones, envía a la gente en nuevas direcciones. Como observamos brevemente en el capítulo 1, Jesús evoca reacciones extremas. A algunos los enfurece tanto que intentan arrojarlo desde un acantilado para matarlo. Otros quedan tan aterrorizados que exclaman: «Apártate […] ¡Aléjate de mí!».[5] Otros caen a Sus pies y lo adoran.

¿A qué se deben estos extremos? A las declaraciones sobre quién es Él. Si es quien dice ser, entonces, tienes que centrar toda tu vida alrededor de Él. Y si no es quien dice ser, entonces se trata de alguien al que hay que aborrecer o de quien hay que huir. Ninguna otra respuesta tiene sentido. O bien es Dios o no lo es; entonces, está absolutamente loco o es infinitamente maravilloso. No obstante, el mundo moderno está lleno de personas que dicen creer en Jesús, entender quién es Él, pero no ha revolucionado sus vidas. No se ha

producido una crisis ni un cambio duradero. La única manera de explicarlo es que, contrario a lo que proclaman, en realidad no han captado el significado de que es «*Dios* con nosotros».

Es una gran esperanza

La declaración de que Jesús es Dios también nos da la mayor esperanza de todas. Quiere decir que nuestro mundo no es lo único que hay, que hay vida y amor después de la muerte, y que el mal y el sufrimiento un día terminarán. Además, no solo significa esperanza para el mundo, a pesar de todos sus interminables problemas, sino esperanza para ti y para mí, más allá de todas nuestras interminables faltas. Un Dios que *solo* hubiera sido santo no habría descendido a nosotros en Jesucristo. Simplemente, nos habría exigido que nos recompusiéramos, que fuéramos lo suficientemente morales y santos como para merecer una relación con Él. Una deidad que hubiera sido «un Dios de amor que lo acepta todo» tampoco habría tenido necesidad de venir a la tierra. Este Dios de la imaginación moderna sencillamente habría pasado por alto el pecado y el mal, y nos habría abrazado. Ni el Dios del moralismo ni el del relativismo se habrían molestado por los cristianos.

No obstante, el Dios bíblico es infinitamente santo, de modo que nuestro pecado no habría podido pasarse por alto. Había que tratar con él. También es infinitamente amoroso. Sabe que jamás podríamos subir hasta Él, así que descendió a nosotros. Dios tuvo que venir Él mismo para hacer lo que nosotros no podíamos hacer. No envía a otro; no envía a un comité de información ni a un predicador para decirte cómo salvarte a ti mismo. Él viene en persona a buscarnos.

Entonces, Navidad significa que para ti y para mí existe toda la esperanza del mundo.

Jesús es humano

Jesús es también uno de *nosotros*: es humano. La doctrina de Navidad, de la encarnación, es que Jesús era verdadera y cabalmente Dios *y* verdadera y cabalmente hombre. ¿Sabes lo exclusivo que es esto entre las filosofías y las religiones del mundo? Alguna vez, repasa la historia de la filosofía. Siempre están discutiendo: ¿Qué es más definitivo, lo absoluto o lo particular? ¿Lo

uno o lo múltiple? ¿Lo ideal y lo eterno, o lo real y lo concreto? ¿Quién tiene razón, Platón o Aristóteles? Pero la doctrina de la encarnación derrumba esas categorías y esos binarios. «Emanuel» significa que lo ideal se ha vuelto real, lo absoluto se ha vuelto particular ¡y lo invisible se ha hecho visible! La encarnación es *el* suceso de la historia que abre el universo, altera la historia, transforma la vida y derriba paradigmas.

No obstante, desde la elevadísima altura de esta verdad, debemos preguntarnos: ¿qué cambia en nuestra manera de vivir que Dios se haya hecho cabalmente humano?

Significa una vida de servicio no paternalista

Históricamente, los cristianos han interpretado que pasajes como Filipenses 2:5-11 enseñan que, cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, no dejó de lado Su deidad. Seguía siendo Dios, pero se vació a sí mismo de Su *gloria*: de Sus prerrogativas divinas. Se volvió vulnerable y común; perdió Su poder y Su belleza. «No había en él belleza ni majestad alguna […] y nada en su apariencia lo hacía deseable» (Isa. 53:2). David y Moisés hablan de la belleza y de la gloria de Dios. Sin embargo, Isaías indica que el Mesías encarnado ni siquiera tenía atractivo o belleza humanos.

¿Qué significa esto para los cristianos, a quienes Pablo llama a imitar la encarnación en sus propias vidas (Fil. 2:5)? Significa que los cristianos nunca deberían soñar con el glamur. Nunca deberían ser esnobs ni tener como meta elevarse a los encumbrados escalones de los elegantes y hermosos. J. I. Packer lo dice del siguiente modo:

> Que el Hijo de Dios se vaciara a sí mismo y se hiciera pobre significó dejar de lado la gloria; implicó una restricción voluntaria de poder, una aceptación del sufrimiento, del aislamiento, del maltrato, de la malicia, de la incomprensión y, finalmente, una muerte que implicó tal agonía —espiritual más que física— que su mente casi colapsó ante tal posibilidad. Significó amar al límite a los hombres desagradables […].
>
> Actualmente, nos avergüenza que tantos cristianos (seré más específico: tantos de los cristianos más sólidos y ortodoxos) vayan por este mundo con el espíritu del sacerdote y el levita en la parábola de nuestro Señor: ven las necesidades humanas que los rodean, pero, luego

> de un deseo piadoso y tal vez una oración para que Dios supla esas necesidades, desvían los ojos y siguen de largo. Ese no es el espíritu cristiano. Pero es el espíritu de algunos cristianos —lamentablemente, de muchos— cuya ambición en la vida parece limitada a construir un bonito hogar cristiano de clase media, a tener agradables amigos cristianos de clase media, a criar a sus hijos de bonitas maneras cristianas de clase media y que dejan a los marginados de la comunidad, cristianos y no cristianos, librados a su suerte.
>
> El espíritu de Navidad no brilla en el esnob cristiano. Porque el espíritu de Navidad es el de aquellos que, al igual que su Maestro, viven toda su vida basados en el principio de hacerse pobres —de gastar y de gastarse — para enriquecer a sus congéneres, entregando tiempo, acarreándose problemas y preocupándose para hacerles bien a los demás —y no solo a sus amigos— en la forma que fuere necesaria.[6]

Que Dios se haya hecho hombre y se haya vaciado a sí mismo de Su gloria significa que no deberías desear codearte solo con la gente que tiene poder y ostentación, que tiene contactos y que puede abrirte puertas. Debes estar dispuesto a ir a la gente sin poder, sin belleza, sin dinero. Ese es el espíritu de Navidad, porque Dios se hizo uno de nosotros.

Significa un consuelo infinito en el sufrimiento

Esto lo vimos cuando mirábamos el término de Isaías, «Consejero admirable». El Nuevo Testamento es aún más explícito. Hebreos dice que era necesario que Jesús «en todo se asemejara a sus hermanos» (Heb. 2:17). Esto quiere decir: «Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados» (Heb. 2:18).[7]

Cuando estás feliz y las cosas van bien, te sientes parte de la raza humana. Pero cuando algo malo sucede y te llega el sufrimiento verdadero, te sientes sumamente solo. Los que te rodean pueden expresar simpatía, pero eso no ayuda. Entonces, te encuentras con alguien que ha pasado *exactamente* por lo mismo. Sabe de qué se trata. Derramas tu corazón delante de esa persona. La escuchas y prestas atención a sus opiniones porque ha pasado exactamente por lo mismo. Cuando te consuela, te sientes consolado.

Hace algunos años, me diagnosticaron cáncer de tiroides. Me trataron y el

cáncer no ha vuelto. No obstante, aprendí por primera vez lo que es vivir bajo la sombra y la inseguridad de una enfermedad que amenaza la vida. Tenía 51 años cuando sucedió. Hacía muchos años que era pastor y había sostenido muchas manos en las camas de los hospitales. Pensaba que entendía lo que era atravesar enfermedades crónicas. Sin embargo, cuando tuve mi propio encuentro con el cáncer, me di cuenta de que sabía mucho menos de lo que imaginaba. También descubrí que ahora, la gente estaba mucho más deseosa de hablar conmigo sobre sus sufrimientos. Mi experiencia de temor y dolor me había dado un nuevo poder para consolar.

La encarnación significa que Dios sufrió y que Jesús triunfó a través del sufrimiento. Esto quiere decir, como menciona Hebreos 2:17-18, que Jesús ahora tiene un *infinito* poder para consolar. Navidad te muestra un Dios diferente al dios de toda otra fe. ¿Te han traicionado? ¿Te has quedado solo? ¿Te han destituido? ¿Te has enfrentado a la muerte? ¡Eso le sucedió a Él! Algunos dicen: «No comprendes. He orado a Dios por algunas cosas y Él ha ignorado mi oración». En el jardín de Getsemaní, Jesús clamó: «Padre mío, […] no me hagas beber este trago amargo» (Mat. 26:39), pero este pedido fue rechazado. Jesús conoce el dolor de la oración que no es contestada. Algunos dicen: «Siento que Dios me ha abandonado». ¿Qué te parece que decía Jesús en la cruz al exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46)?

El cristianismo afirma que Dios ha estado en todos los lugares donde tú has estado; se ha encontrado en la oscuridad en la que te encuentras ahora y más. Por lo tanto, puedes confiar en Él; puedes descansar en Él, porque tiene conocimiento y tiene el poder para consolar, fortalecer y sacarte adelante.

Jesús está con nosotros

Existen tres ideas en «Emanuel»: Él es Dios, es humano y está con nosotros. Ya habría sido suficientemente asombroso que el Hijo de Dios se hubiera hecho humano y simplemente hubiera vivido un tiempo entre nosotros para luego dejarnos con un conjunto de enseñanzas. Pero Sus designios eran infinitamente más grandes. El Evangelio de Marcos dice que Jesucristo escogió doce apóstoles y los designó para que estuvieran *con* Él (3:14). ¿Qué significa «con Él»? A partir de ese texto y del resto de los Evangelios,

podemos ver qué significa estar en presencia de Jesús, conversar con Él, aprender de Él, recibir Su consuelo momento a momento. El propósito de la encarnación es que tengamos una relación con Él. En Jesús, el Dios inefable e inalcanzable se hace un ser humano a quien podemos conocer y amar. Y a través de la fe, podemos conocer este amor.

Esto no nos deja tan atónitos como debiera. Mira el Antiguo Testamento. Cada vez que alguien se acercaba a Dios, era completamente aterrador. Dios se le aparece a Abraham como un horno humeante, a Israel como una columna de fuego, a Job como un torbellino o un tornado. Cuando Moisés pide ver el rostro de Dios, se le dice que lo matará, que a lo sumo puede acercarse a la periferia de Dios, a Su «espalda» (Ex. 33:18-23). Cuando descendió de la montaña, su rostro brillaba tanto que la gente no podía mirarlo (Ex. 34:29-30): así de grande, de alto y de inalcanzable es Dios.

Entonces, ¿te imaginas lo que sería si Moisés estuviera presente hoy y oyera el mensaje de Navidad, que «el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y vimos su gloria, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre» (Juan 1:14)? Moisés exclamaría: «¿Se dan cuenta de lo que significa? ¡Esto es precisamente lo que a mí me negaron! Quiere decir que, a través de Jesucristo, pueden conocer a Dios. Pueden conocerlo de manera personal y sin terror. Él puede venir a sus vidas. ¿Se dan cuenta de lo que sucede aquí? ¿Dónde está su alegría? ¿Dónde está su asombro? ¡Esto debería ser la fuerza que impulse sus vidas!».

Cuando Dios apareció en Jesucristo, no era una columna de fuego ni un torbellino, sino un bebé. No hay nada como un bebé. Hasta los hijos jóvenes tienen sus propios planes y pueden alejarse de ti. Pero a los pequeños bebés se los puede levantar en brazos, abrazar, besar y lo desean, dependen de ti. ¿Por qué Dios habría de venir esta vez en forma de bebé y no como una tormenta de fuego o un tornado? Porque esta vez no había venido a traer juicio, sino a soportarlo, a pagar la deuda de tus pecados, a quitar la barrera entre la humanidad y Dios, de modo que pudiéramos estar juntos. Jesús es Dios *con* nosotros.

La encarnación no tuvo lugar meramente para hacernos saber que Dios existe. Se produjo para traerlo cerca, de modo que Él pudiera estar con nosotros y nosotros con Él. Millones de personas cantan cada Navidad:

«Jesús, nuestro Emanuel», ¿pero de verdad están con Él? ¿Lo conocen o solo saben algo sobre Él? Jesús literalmente removió cielo y tierra para acercarse a nosotros; ¿qué haremos ahora para estar de verdad con Él?

¿Cuáles son los elementos de una relación genuina y personal con Jesús? Como sucede con toda relación cercana, requiere que te comuniques con Él con regularidad, candidez y amor. Esto no significa simplemente «decir tus oraciones», sino tener una vida de oración que te lleve a una verdadera comunión con Dios, a un sentido de Su presencia en tu corazón y en tu vida. Considera Salmos 27, 63, 84 y 131 para ver esta clase de oración. Por otra parte, estar en una relación estrecha significa que Él se comunica contigo. Esto se desprende de una profunda familiaridad con la Biblia, con la habilidad de leerla, entenderla y meditar en ella. Considera Salmos 1 y 119 para ver cómo hacer que la Biblia se convierta en una fuerza vital en tu vida.[8] Estos son solo los «medios de gracia» más individuales que te permiten acercarte a Dios. Existen otros, más comunitarios, como la adoración y la oración, el bautismo y la Cena del Señor, y los otros recursos que están disponibles cuando se reúne la iglesia, el pueblo de Dios (Heb.10:22-25).

En este pasaje, hay un rasgo necesario más para tener una relación personal con Jesús y se trata de algo que los cristianos en la sociedad occidental, al menos, están muy propensos a pasar por alto. Una relación íntima con Jesús siempre requiere valor.

Piensa en lo que significó el anuncio del ángel para José y María. María está embarazada y José sabe que no es el padre. Decide romper el compromiso, pero el ángel aparece y dice: «Cásate con ella. Está embarazada del Espíritu Santo». Pero si José se casa con ella, todo el mundo en aquella sociedad de vergüenzas y honor sabrá que este niño no nació nueve o diez meses luego de que se casaran; sabrán que ella ya estaba embarazada. Esto significa que José y María tuvieron relaciones sexuales antes de casarse o que ella le fue infiel, y como resultado, se verán avergonzados, socialmente excluidos y rechazados. Serán ciudadanos de segunda clase para siempre. Entonces, el mensaje es: «Si Jesucristo viene a tu vida, tendrás que decirle adiós a tu reputación estelar». Y esto recién es Mateo 1. Cuando lleguemos a Mateo 2, José verá que tener a Jesús en su vida no solo significa un daño para su reputación social, sino también un peligro para su propia vida.

¿Qué aplicación tiene para nosotros? Si deseas que Jesús esté en tu vida, necesitarás valentía. Existen al menos tres clases de valor que se requieren de todos los creyentes.

El valor para aceptar el desprecio del mundo

En primer lugar, vas a necesitar valor para recibir las burlas del mundo. Todos los amigos de José te dirán: «O bien la dejaste embarazada antes de casarse o ella te fue infiel». ¿Te imaginas a José tratando de decirles la verdad? «No, no, puedo explicarles. Está embarazada del Espíritu Santo». Imagina las miradas. La verdad no era algo que sus amigos pudieran entender y, por lo tanto, siempre pensarían que estaba loco o que era un ingenuo. Prácticamente todos los cristianos experimentarán lo mismo en alguna de sus relaciones.

En muchos países no occidentales, profesar la fe en Cristo puede ser peligroso incluso para tu vida. Todavía existe poca persecución física para los cristianos en los países occidentales, pero cada vez más se ridiculiza y se menosprecia a aquellos que se aferran a las creencias cristianas históricas. Todo esto requiere valor. Como sucedió con José, habrá muchos que simplemente no entiendan y, en muchos casos, tu reputación sufrirá.

El valor para renunciar a tu derecho a la autodeterminación

El ángel le dice a José qué nombre le pondrá al niño. En aquella cultura patriarcal, el padre tenía el derecho absoluto de elegir el nombre de su hijo. Tenía todos los derechos sobre sus hijos y ponerles nombre era una señal de control sobre la familia. Sin embargo, el ángel deja esto de lado. Al negarse a permitir que José le pusiera nombre a Jesús, lo que expresó fue: «Si Jesús está en tu vida, no eres su dueño. El niño que está a punto de nacer es *tu* dueño».

La gente constantemente me dice: «Estoy interesado en ser cristiano, pero no lo estoy si eso significa que tengo que hacer X o Y». ¿Sabes qué están haciendo? Tratan de ponerle nombre. Dicen: «Quiero a Jesucristo, pero según mis términos». Sin embargo, el ángel dice que, si Jesús viene a tu vida, no eres tú quien lo controla, sino Él a ti.

Cuando vienes a Cristo, debes soltar tus condiciones. ¿Qué significa esto?

Significa que tienes que renunciar al derecho a decir: «Obedeceré *si*… Haré esto *si*…». En cuanto dices: «Lo obedeceré *si…*», eso no es obediencia en absoluto. Lo que expresas es: «Eres mi consejero, no mi Señor. Con gusto aceptaré tus recomendaciones; y hasta es posible que siga alguna de ellas». No. Si quieres que Jesús esté *contigo*, tienes que renunciar al derecho de la autodeterminación. La autonegación es un acto de rebelión contra nuestra cultura posmoderna de asertividad. Pero a esto hemos sido llamados. A nada menos.

Para ser cristiano, tendrás que contar con el valor para hacer algo que nuestra cultura considera ridículo. Tendrás que comprometerte a negarte a ti mismo. «Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo…» (Luc. 9:23). En nuestra sociedad, se nos repite una y otra vez que la ley sagrada es: «Ser sincero con uno mismo», que siempre debemos esforzarnos por cumplir nuestros sueños más altos y satisfacer nuestros deseos más profundos. Esta filosofía de vida presenta enormes problemas. Para comenzar, nuestros sentimientos cambian con el tiempo y suelen estar en conflicto unos con otros.

No obstante, esta es la visión que predomina y, entonces, el llamado cristiano es chocante. La gente moderna necesita valentía para renunciar a su derecho a la autodeterminación, pero esto es lo que se requiere. Si deseas que Jesús esté en el centro de tu vida, debes obedecerlo incondicionalmente. Hablaremos más sobre esto en el capítulo 5.

Sé que puede intimidar, pero también es una aventura, la aventura de Su señorío. Como la mayoría de los adultos jóvenes, luché para conocerme a mí mismo, para descubrir «quién soy» y cuando consideré el cristianismo, recuerdo que pensé: «No quiero ser cristiano si Dios no me permite ser yo mismo». Pero ahora, al mirar 40 años atrás, me doy cuenta de que, en aquel entonces, jamás hubiera podido saber lo que había verdaderamente en mi corazón. Solo si le damos nuestra suprema lealtad, recibiremos de Él lo que más necesitamos. Necesitamos que nos dé un nombre *a nosotros*. Él nos hizo. Sabe quiénes somos, para qué fuimos hechos, qué nos queda bien. Esto significa que no podemos saber quiénes somos hasta que Él viene a nuestra vida y luego, a través de la obediencia, conocemos nuestra verdadera identidad.

Entonces, ten el valor de dejar de controlar tu vida, de entregarte a Cristo y comenzar una vida de aventura.

El valor para admitir que eres pecador

Por último —y lo más importante—, no puedes conocer a Jesús personalmente a menos que tengas el valor de admitir que eres pecador. ¿Cuál es toda la misión de Jesús? Te lo dice justo aquí: «… él salvará a su pueblo de sus pecados…» (Mat. 1:21). Me dirás: «Un momento; pensé que Jesús vino a darnos poder y a amarnos». Sí, pero primero vino a perdonarnos, porque todo lo demás proviene de allí.

¿Estás dispuesto a decir: «Soy un fracasado moral. No amo a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente. No amo a mi prójimo como a mí mismo. Por lo tanto, soy culpable y necesito perdón antes que nada»? Se necesita un enorme valor para admitir estas cosas, porque significa deshacerte de tu vieja autoimagen para obtener una nueva a través de Jesucristo. Sin embargo, ese es el cimiento para todo lo demás que Jesús puede traer a tu vida: todo el consuelo, la esperanza, la gozosa humildad y todo lo demás.

¿Cómo obtendrás la fuerza para ser así de valiente? Mirando al mismo Jesús. Porque si crees que se necesita valor para estar a Su lado, piensa que *Él* necesitó infinitamente más valor para estar *contigo*. Solo el cristianismo afirma que uno de los atributos de Dios es el valor. Ninguna otra religión tiene un Dios que necesitó valor. Como señala Packer, Jesús solo pudo salvarnos al enfrentar una muerte agonizante que lo hizo sudar sangre en el jardín de Getsemaní. Se hizo mortal y vulnerable para poder sufrir, ser traicionado y asesinado. Se enfrentó a todas estas cosas por ti y pensó que valía la pena. Míralo enfrentando la oscuridad en tu lugar. Esto te permitirá enfrentar cualquier oscuridad.

En «Oíd un son en alta esfera», has oído la frase: «Has tu majestad dejado». ¿Qué significa? Que lo hizo voluntariamente, de buena gana y con amor. Nadie lo obligó. No fue solo un deber. Se enfrentó a la muerte y a un dolor inimaginable por amor a ti. Jamás te interpongas entre una mamá osa y su osezno. Piensa en las muchas historias o películas que representan a una madre que defiende a sus hijos a ultranza incluso frente a un enemigo

avasallador. ¿De dónde saca el valor? Es *amor*. ¿Por qué Jesús tuvo el valor de hacer lo que hizo por nosotros? ¡Amor! ¿Y cómo conseguirás tú el valor? De la misma manera.

Mira todo lo que hizo por ti y eso hará surgir en ti todo el amor por Él. Entonces, tendrás el valor para ponerlo en el centro de tu vida y así, Él estará contigo y tú con Él.



CAPÍTULO 4

¿Dónde está el Rey?



Después de que Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, llegaron a Jerusalén unos sabios procedentes del Oriente. –¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? —preguntaron—. Vimos levantarse su estrella y hemos venido a adorarlo. Cuando lo oyó el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él. […] Luego Herodes […] los envió a Belén y les dijo: —Vayan e infórmense bien de ese niño y, tan pronto como lo encuentren, avísenme para que yo también vaya y lo adore. […] Cuando ya se habían ido, un ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». Así que se levantó cuando todavía era de noche, tomó al niño y a su madre, y partió para Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes [...].

Cuando Herodes se dio cuenta de que los sabios se habían burlado de él, se enfureció y mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y en sus alrededores, de acuerdo con el tiempo que había averiguado de los sabios. [...] Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Advertido por Dios en sueños, se retiró al distrito de Galilea, y fue a vivir en un pueblo llamado Nazaret. Con esto se cumplió lo dicho por los profetas: «Lo llamarán nazareno».

MATEO 2:1-3, 7-8, 13-16, 22-23

Este famoso relato del nacimiento de Jesús es exclusivo del libro de Mateo. Unos sabios —eruditos y magos de tierras orientales— vinieron a Jerusalén cuando Jesús era niño y todavía estaba en Belén. Se presentaron ante el gobernador de Judea, el rey Herodes, y le dijeron: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?».

Ahora bien, si entras en un palacio y preguntas: «¿Dónde está *el* rey?», la

persona que se sienta en el trono se alarmará. El texto nos dice que Herodes se «turbó», uno de los grandes eufemismos de la Biblia. La historia narra que este hombre solía ser un gobernante violento, incluso para las normas de la época. Mató a muchos miembros de su corte y de su propia familia para asegurarse de que nadie desafiara su poder absoluto. Cuando oyó el informe de los sabios, consultó a los eruditos, quienes le dijeron que estaba profetizado que el Mesías nacería en Belén. Entonces, les dijo que fueran allí, que encontraran al Mesías y que luego le avisaran «para que yo también vaya y lo adore». Por supuesto, Herodes solo quería matarlo.

Los sabios finalmente encontraron a Jesús, pero entonces, advertidos por Dios en un sueño, regresaron a su tierra por otro camino sin decirle nada a Herodes. Al darse cuenta de que lo habían engañado, este rey despiadado asesinó a todos los niños menores de dos años en Belén, solo para asegurarse de que había eliminado al que sería gobernante. Por lo que conocemos sobre la población de aldeas como Belén en aquellos tiempos, habrán sido 20 ó 30 niños. Aunque para nosotros es estremecedor, estas atrocidades eran tan comunes en el reinado de Herodes que ni siquiera ameritaban alguna otra mención histórica. De todas formas, para aquella comunidad, seguramente fue demoledor. A cualquier padre lo devastaría que le quiten a su hijo y que lo asesinen brutalmente frente a sus ojos.

Jesús también habría sido víctima de esta limpieza genocida, pero Dios le advirtió a José sobre las intenciones asesinas de Herodes. Él tomó a María y al niño Jesús y los llevó a Egipto. En Alejandría, había una gran comunidad de expatriados judíos, adonde huían todos los que tenían diferencias políticas con Herodes. Es muy probable que José haya ido allí. Actualmente, oímos mucho sobre refugiados de guerra, persecución y opresión. Aquí vemos que, en un momento, Jesús mismo fue un refugiado, expulsado de su tierra. Cuando Herodes murió, José llevó a su familia de regreso a Judea y se estableció en Nazaret.

¿Y entonces? O, dicho de un modo menos brusco, ¿por qué preservó Mateo este relato? ¿Qué debemos aprender de él? Es importante recordar que todos los escritores de los Evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— tenían una enorme cantidad de material de referencia. Fueron selectivos y, cuando decidieron hablarnos sobre algo de la vida de Jesús, siempre fue por al menos

dos razones. Primero, porque verdaderamente sucedió. Pero segundo, se preservó por lo que manifiesta. Revela algo sobre quién es Jesús, qué vino a hacer y cuáles fueron Su mensaje y Su ministerio. Entonces, ¿qué nos dice aquí Mateo sobre el significado de Navidad y sobre Jesús mismo?

La amenaza del reino de Cristo

El relato de engaño y temor, de derramamiento de sangre, de injusticia y de destierro es bien conocido. La inmensa maldad está por todas partes en nuestro mundo. No obstante, cuando preguntamos de dónde viene ese mal, surge la controversia. Al final del espectro, se encuentran aquellos que dicen que los ricos y los poderosos tienen la culpa. Esta visión tiende a convertir a los pobres y a las minorías en los héroes de la historia del mundo. En la otra punta del espectro, están aquellos que insisten en que los inmorales y los irresponsables son el problema principal. Esto tiende a convertir a las personas trabajadoras, decentes y de clase media en los héroes de la historia, y tanto los vagos pobres como los inmorales de elite son los villanos.

A primera vista, nuestro texto parece inclinarse más hacia la primera teoría. Después de todo, Herodes era un gobernante injusto que abusaba de su poder y asesinaba inocentes. Y, por cierto, uno de los grandes temas de la Biblia es que Dios está en contra de aquellos que oprimen al pobre.[1] Sin embargo, lo que nos enseña toda la Biblia es que la fuente de la maldad en el mundo está en *cada* corazón humano, y que la presencia de Jesús en el mundo revela lo que está mal en nosotros. En este sentido, la reacción del rey Herodes ante Cristo es un cuadro de todos nosotros.

Si quieres ser rey y aparece alguien que dice que es el rey, entonces uno de los dos tiene que ceder. Solo una persona puede sentarse en un trono absoluto. Como hemos visto, Jesús vino a nosotros declarando ser Dios, el Rey. Dijo: «Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Luc. 14:26). Este mandamiento no ordena literalmente odiar a la familia. Más bien, el Señor nos llama a una alianza tan suprema con Él que, en comparación, todos los otros compromisos parecen débiles. Es una declaración de absoluta autoridad, un llamado a la lealtad incondicional que inevitablemente dispara una profunda

resistencia dentro del corazón humano.

En Romanos 8:7-8, San Pablo dice que, en su estado natural, la mente humana es *éjdsra*, literalmente «enemistad» o «malicia» hacia Dios, y luego añade: «… no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo». En el centro del corazón humano, existe un impulso que dice: «*Nadie* me dice qué hacer». La cultura y la educación pueden llegar lejos para procurar enseñarnos a esconder este instinto profundo, aun de nosotros mismos. Queremos que piensen que somos cooperadores, como el jugador de un equipo, que somos personas amables y amorosas. Nosotros también queremos vernos de ese modo. Son muchas las razones por las que necesitamos vivir negando lo poderoso que es este instinto. Sin embargo, no hay educación ni terapia suficientes para quitarlo.

De acuerdo a la Biblia, el mal del mundo se desprende, en definitiva, del egocentrismo, del farisaísmo y del ensimismamiento de todo corazón humano. Todos queremos que el mundo gire alrededor de nosotros, de nuestras necesidades y deseos. No queremos servir a Dios ni a nuestro prójimo; queremos que ellos nos sirvan a nosotros. Entonces, en cada corazón, existe un «pequeño rey Herodes» que desea gobernar y que se siente amenazado por todo lo que pueda comprometer su omnipotencia y soberanía. Todos queremos ser los capitanes de nuestra alma, los dueños de nuestra suerte.

Por lo tanto, existe una enemistad natural entre el corazón humano y todo lo que pretenda ejercer una soberanía sobre él. Se asoma un poquito cuando se nos hacen ciertos reclamos. Pero el reclamo de autoridad de Jesús sobre nosotros es definitivo e infinito. Sin ayuda, ningún corazón puede rendirse gustoso a estas demandas.

En el libro de Romanos, Pablo lo expresa claramente: «… No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios» (3:10-11). Es normal pensar que esta declaración es una exageración ofensiva. Puedes pensar que tal vez sea cierto que nadie es perfectamente bueno y justo. ¿Pero cómo puedes decir que no hay un solo ser humano que busque a Dios? ¿No existen millones de personas sinceras que lo buscan? La respuesta de los teólogos cristianos a través de los siglos ha sido marcar dos diferencias.

Primero, esgrimen, desear las cosas que Dios da —amor, ayuda, fortaleza, perdón, felicidad— no es buscar o desear verdaderamente a Dios mismo. Muchos parecen buscadores, pero se parecen más a cazafortunas, que hacen amistades o se casan solo por dinero. La evidencia para esta postura es fuerte, porque hay muchos que confiesan que han dejado la fe porque sus vidas no eran lo que deseaban y porque Dios no respondía sus oraciones.

En segundo lugar, argumentan los teólogos, las personas pueden buscar a Dios como ellas quieren que sea, pero nadie busca a Dios tal como Él se revela en la Biblia. Hace muchos años, me encontraba mirando un programa de entrevistas que tenía como invitado a un ateo. El anfitrión creía en Dios, pero en la discusión, el ateo se llevó lo mejor del debate. Frustrado, el anfitrión del programa hizo algo que es prototípico de los estadounidenses. Realizó una encuesta entre la audiencia en el estudio. Preguntó: «¿Cuántos de ustedes creen en alguna clase de Dios?». La mayoría levantó la mano y supongo que el hombre pensó que había ganado la discusión. (No lo había hecho).

Siempre me he preguntado qué habría sucedido si, en cambio, el anfitrión le hubiera preguntado a la audiencia: «¿Cuántos de ustedes creen en el Dios de la Biblia, el Dios que desciende sobre el monte Sinaí con fuego y humo, que dice: "De ningún modo absolveré a los culpables", que les dice a los seres humanos que, si alguno se aproxima a Su gloria, morirá instantáneamente? ¿Cuántos de ustedes creen en ese Dios?». Estoy casi seguro de que se habrían levantado muchas menos manos, si es que se levantaba alguna.

Y esto nos muestra una de las verdades ocultas de la Navidad. Este oscuro episodio del violento deseo del rey Herodes por el poder señala nuestra resistencia natural a los reclamos de Dios sobre nuestras vidas e incluso cuánto los detestamos. Creamos dioses a nuestro antojo para enmascarar nuestra hostilidad hacia el verdadero Dios, que se revela como nuestro Rey absoluto. Y si el Señor que nació en Navidad es el verdadero Dios, entonces nadie lo buscará, a menos que nuestros corazones sean transformados sobrenaturalmente para desearlo y buscarlo.

Por eso, Pablo puede decir que todos los seres humanos éramos por naturaleza enemigos de Dios (Rom. 5:10). Esto también vale para la gente religiosa. En la religión, tratamos de domar a Dios, de ponerlo como nuestro

deudor; hacemos muchas cosas para que Él tenga que bendecirnos como nosotros queremos. Lee Romanos 1–5. Verás que Pablo alega que la gente religiosa es tan hostil hacia la soberanía de Dios como los que no son religiosos. Simplemente, encuentran maneras religiosas de expresarlo y esconderlo.

«¿Dónde está el verdadero Rey?». Esta pregunta es la más perturbadora de todas para el corazón humano, ya que deseamos a toda costa permanecer en el trono de nuestra vida. Podemos usar la religión para permanecer en ese trono, intentando poner a Dios en la posición de tener que hacer nuestra voluntad porque somos tan justos, en lugar de servirlo incondicionalmente. O podemos huir de la religión, hacernos ateos y proclamar a viva voz que no existe Dios. De una u otra manera, expresamos nuestra hostilidad natural hacia el señorío del verdadero Rey.

Salgamos de la negación

¿Sabes que existe esta profunda hostilidad hacia Dios en tu corazón? Si crees que exagero, entonces no te conoces a ti mismo. Has perdido el contacto con la realidad. Aquí tienes un respetuoso consejo.

Aquellos que no están seguros sobre el cristianismo o tal vez incluso sobre la existencia de Dios, recuerden que no son objetivos. El filósofo Thomas Nagel es un ateo sorprendentemente sincero respecto a sus sentimientos.

> Me refiero […] al temor de la religión en sí. Hablo desde la experiencia, ya que yo mismo he estado fuertemente sujeto a este temor. Deseo que el ateísmo sea verdad y me incomoda que algunos de los individuos más inteligentes y bien informados que conozco sean creyentes religiosos. No se trata solo de que no creo en Dios y que naturalmente espero que mi creencia sea la correcta. ¡Espero que no exista Dios! No deseo que exista un Dios. No quiero que el universo sea así. Sospecho que este problema con la autoridad cósmica no es poco común.

La frase de Nagel «problema con la autoridad cósmica» se alinea casi exactamente con la declaración de Pablo de que todos los seres humanos nos resistimos por naturaleza a las demandas de la soberanía divina. Nagel añade, en una nota al pie, que duda de que «exista alguien que sea genuinamente indiferente a si existe un Dios».[2]

Entonces, nadie es verdaderamente neutral respecto a si la Navidad es real. Si el Hijo de Dios nació de verdad en un pesebre, entonces hemos perdido el derecho a estar al frente de nuestra vida. ¿Cómo se puede ser objetivo respecto a una afirmación que, de ser cierta, significa que has perdido el control sobre tu vida? No es posible. Ten esto presente si no crees en el cristianismo. Cuestiona tus dudas.

También tengo un consejo para los cristianos. Tal vez digas: «¿Cómo podemos ser enemigos de Dios? ¿Acaso no dice Pablo que, a través de Jesús, nos hemos reconciliado con Él, que estamos en paz con Él (Rom. 5:1-11)?». Sí, esto es una maravillosa verdad. Él nos ha perdonado y nos hemos reconciliado con Dios. Pero debes reconocer (como nos muestra Pablo en Romanos 6–8) que todavía tienes un corazón con ira y hostilidad *residuales* hacia Dios. Siguen allí. Hasta que lleguemos al final de los tiempos y seamos glorificados, hasta que recibamos nuestros cuerpos perfectos y nuestras almas perfectas, siguen allí. Tenlo siempre en cuenta.

¿Por qué te parece que es tan difícil orar? ¿Por qué te parece que es tan difícil concentrarse en la persona más gloriosa posible? ¿Por qué, cuando Dios responde una oración, dices: «Oh, jamás olvidaré esto, Señor», pero pronto lo olvidas? ¿Cuántas veces has dicho: «¡No lo volveré a hacer!», y dos semanas después lo vuelves a hacer? En Romanos 7:15, Pablo declara: «hago […] lo que aborrezco». Todavía hay un pequeño rey Herodes dentro de ti. Significa que debes ser mucho más deliberado respecto al crecimiento cristiano, a la oración y a tu rendición de cuentas frente a otros para vencer los malos hábitos. No puedes deslizarte sin esfuerzo por la vida cristiana. Todavía hay algo dentro de ti que la combate.

La debilidad del reino de Cristo

Navidad significa que el Rey ha venido al mundo. Pero la Biblia nos dice que Jesús viene como Rey dos veces, no una. La segunda vez vendrá con poder para ponerle fin a todo mal, al sufrimiento y a la muerte. La primera vez —en Navidad— no vino con poder, sino con debilidad, a una familia pobre, en un establo.

No busques en las cortes ni en los palacios,
No corras las cortinas reales;

Sino busca en el establo, mira a tu Dios,
Acostado sobre heno, tu Señor.[3]

Jesús no se comportó como el rey que el mundo esperaría. No tenía ninguna credencial académica. No tenía estatus social. Cuando José trajo de vuelta a su familia, se radicó lo más lejos posible de los centros reales de poder. Fue a Nazaret (Mat. 2:22-23). Entonces, Jesús no solo nació en un pesebre, sino que creció como «nazareno». ¿Qué significaba esto? En Juan 1, puedes darte una idea, cuando Natanael se entera de que Jesús es de Nazaret y queda horrorizado. Exclama: «¡De Nazaret! […] ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?» (Juan 1:46). Todos en Judea despreciaban a los que provenían de las zonas aisladas de Nazaret y Galilea. Sin embargo, como muestra el texto, Dios acomodó las cosas para que fuera exactamente el lugar donde creciera el Mesías.

El mundo siempre ha despreciado a la gente proveniente de los lugares inadecuados y con las credenciales inadecuadas. Siempre estamos tratando de justificarnos. Necesitamos desesperadamente sentirnos superiores a los demás. Y todo en Jesús contradice y se opone a ese impulso. En la película de 1987 *Wall Street*, el joven Bud Fox, interpretado por Charlie Sheen, se queda boquiabierto ante el costo de las obras de arte en las paredes del hogar de Gordon Gekko en los Hamptons. Cuando descubre lo que vale un cuadro, exclama: «¡Podrías comprarte toda una casa en la playa!». Daryl Hannah, la protegida de Gekko, responde con desdén: «Claro que sí. En *Wildwood*, Nueva Jersey».[4] Casi hubiera podido decir: «Por supuesto que puedes tener eso, si eres parte de las masas ignorantes, un don nadie, que vive en Nazaret». Si provienes de Nazaret, no es posible que seas una persona importante. El mundo insiste en que, si alguien tiene las respuestas, tiene que venir de ciertos lugares. Tiene que venir de personas con ciertas credenciales. Tiene que venir de personas que miren de un cierto modo, que hayan ido a ciertas escuelas. Tiene que venir de la ciudad de Nueva York, no de Mississippi. Tiene que venir de un profesor de Harvard, no de alguien que solo tenga un título secundario.

Sin embargo, la enseñanza bíblica no solo nos dice que Dios no obra de este modo, sino que suele hacerlo exactamente de la manera opuesta. El mayor personaje en la historia del mundo nació en un pesebre y provino de Nazaret.

Lo encontramos a través de toda la Biblia. Dios no trae inicialmente Su mensaje mediante los egipcios, los romanos, los asirios o los babilonios, sino a través de los judíos, una nación pequeña y una raza insignificante que casi nunca tiene el poder. Se deshace de Goliat no con un gigante más grande, sino con un pastorcito que le dio risa al gigante. Así obra Dios. ¿Cómo le habló a Elías? ¿A través de un terremoto, del viento y del fuego? No. A través de una vocecita suave.

En la antigüedad, cuando el hijo mayor siempre recibía toda la riqueza y el segundo o los menores no tenían estatus social, ¿cómo obró Dios? A través de Abel, no de Caín. A través de Isaac, no de Ismael. A través de Jacob, no de Esaú. A través de Efraín, no de Manasés. A través de David, no de sus hermanos mayores. En una época en que las mujeres eran valoradas por su belleza y fertilidad, Dios escoge a la vieja Sara, no a la joven Hagar. Escoge a Lea, no a Raquel; a la desairada Lea, a quien Jacob no amaba. Escoge a Rebeca, que no puede tener hijos; a Ana, que no puede tener hijos; a la madre de Sansón, que no puede tener hijos; a Elisabet, la madre de Juan el Bautista, que no puede tener hijos. ¿Por qué? Una y otra y otra vez, Dios dice: «Escogeré a Nazaret, no a Jerusalén. Escogeré a la joven que nadie quiere. Escogeré al muchacho que todos han olvidado».

¿Por qué? ¿Es solo que a Dios le gustan los perdedores? No. Nos dice algo sobre la salvación en sí. Todas las otras religiones y filosofías morales te dicen que reúnas toda tu fuerza y vivas como deberías. Por lo tanto, apelan al fuerte, a la gente que puede tener el control, aquellos que pueden hacer ostentación de sus antepasados. Solo Jesús dice: «He venido por los débiles. He venido por aquellos que admiten que son débiles. Los salvaré no por lo que hagan, sino por lo que yo hago». A lo largo de la vida de Jesús, los apóstoles y los discípulos le decían: «Jesús, ¿cuándo tomarás el poder y salvarás al mundo?». Jesús les responde en cada ocasión: «No comprenden. Perderé todo mi poder y moriré… para salvar al mundo».

En el punto culminante de Su vida, no ascendió a un trono, sino a una cruz. Vino como nuestro sustituto para soportar el mal, el sufrimiento y la muerte: las consecuencias de nuestro alejamiento de Dios. Lo hizo para que, si creemos, podamos reconciliarnos con Él, de modo que cuando venga como Rey la segunda vez, pueda acabar con todo el mal sin acabar con nosotros.

Entonces, Su debilidad era en realidad Su fortaleza.

¿Adónde nos lleva esta verdad? A un consuelo y un desafío. El consuelo es el siguiente: No me importa quién eres; no me importa lo que hayas hecho; no me importa si perteneciste al personal remunerado del infierno. No me importa cuál es tu trasfondo; no me importa cuáles sean los secretos profundos y oscuros de tu pasado. No me importa cuánto hayas arruinado las cosas. Si te arrepientes y vienes a Dios a través de Jesús, Él no solo te *aceptará* y obrará en tu vida, sino que se *deleita* en obrar a través de personas como tú. Lo ha hecho a lo largo de toda la historia mundial.

No obstante, el desafío es el siguiente: necesitamos cristianos en todas partes. Esto incluye los centros de poder cultural, donde reside la gente influyente, talentosa, rica y bella. Pero todo lo relativo a Navidad nos enseña que esta gente no debe deslumbrarnos, a no tener prejuicios a su favor. Los cristianos deben vivir entre ellos, amarlos y servirlos como prójimos. Existen tentaciones para quienes lo hacen. Deben hacerlo sin la necesidad o el deseo de entrar en el «círculo interno» del poder y de las apariencias. Navidad significa que la raza, los ancestros, la riqueza y el estatus en definitiva no importan. Significa que no se deben tener prejuicios contra los pobres, ni tampoco debemos inclinarnos en contra o a favor de los que están en buena posición. No debemos ser esnobs *ni* esnobs respecto a los esnobs.

Los cristianos que comprenden de qué se trata la Navidad pueden ser liberados de todo esto, porque Jesucristo trastorna completamente la idea de éxito del mundo.



CAPÍTULO 5

La fe de María



La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo: —¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo. Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo. —No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin. —¿Cómo podrá suceder esto —le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen? —El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible. —Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho. Con esto, el ángel la dejó.

LUCAS 1:27-38

Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó: —¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme? Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría la criatura que llevo en el vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá! Entonces dijo María: —Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí. ¡Santo es su nombre! […]. Acudió en ayuda de su siervo Israel y, cumpliendo su promesa a nuestros padres, mostró su misericordia a Abraham y a su descendencia para siempre.

LUCAS 1:41-49,54-55

Hasta aquí, en este libro, hemos mirado lo que significa Navidad. Significa iluminación y luz espiritual de Dios; significa reconciliación y paz con Él a través de la gracia; significa que Dios adquiere una naturaleza humana.

En resumidas cuentas, hemos hablado de las grandes cosas que Dios nos da en Navidad. Ahora, consideraremos cómo responder a lo que Él nos da, cómo podemos recibirlo. También es el momento de salir de los pasajes de Mateo que nos hablan del rol de José, para mirar a María, la madre de Jesús. ¿Por qué Lucas nos habla tanto sobre cómo respondió María a la encarnación? Creo que, en gran parte, es para presentarla como un modelo de la fe cristiana que responde. ¿Qué podemos aprender de ella?

María responde de manera reflexiva

Un ángel se le aparece a María para darle un mensaje de parte de Dios. Muchas veces, he oído a algunos decir: «Soy escéptico y hago muchas preguntas. La gente religiosa no lo hace; simplemente cree». Sin embargo, nadie puede acusar a María aquí de nada parecido a la «fe ciega». No dijo: «¡Qué maravilla! ¡Me está hablando un ángel!». No, el texto nos dice: «María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo» (Luc. 1:29). La frase «se preguntaba» no es una traducción excelentemente buena. El término griego significa «realizar una auditoría». Es un término de la contabilidad y significa hacer cuentas, sopesar y meditar, ser *intensamente racional*. Por supuesto, está «perturbada», como lo estaría cualquier persona normal ante semejante aparición. Lo que pregunta es: «¿En verdad estoy viendo un ángel? ¿Es una alucinación? ¿Qué sucede aquí?». No acepta el mensaje de inmediato, sino que pregunta: «¿Cómo puede suceder esto?». María nos muestra que responder en fe es una experiencia de todo el individuo, que incluye el intelecto.

La gente moderna tiende a leer textos antiguos con una actitud arrogante, como si los antiguos hubieran tenido coeficientes mentales inferiores a los nuestros. Suponemos que la gente de entonces era crédula, supersticiosa y estaba dispuesta a creer absolutamente cualquier aseveración. Pero, por supuesto, la gente no era menos inteligente hace 2000 años y María responde en gran parte como hubieras respondido tú si un ángel se apareciera y comenzara a hablarte. La cultura nos ha entrenado a ti y a mí a no creer en lo sobrenatural. Como vimos anteriormente, al ser mujer judía, a María le habían enseñado en su cultura a no creer que Dios podía hacerse hombre alguna vez. Entonces, aunque diferentes, las barreras a las que ella se

enfrentó como impedimento para creer en el mensaje de Navidad eran exactamente iguales de grandes a las que tú puedes enfrentar. Sin embargo, una combinación de evidencia y experiencia derrumbaron esas barreras y tuvo fe. Así funciona exactamente hoy en día. Dudó, cuestionó, usó la razón e hizo preguntas, tal como debemos hacer nosotros hoy si queremos tener fe.

Los lectores de Lucas 1 obtienen otra perspectiva sobre este tema. Anteriormente en el capítulo, un ángel viene a Zacarías, padre de Juan el Bautista, y le dice que, aunque él y su esposa son ancianos, tendrán un hijo. No obstante, Zacarías duda. Como respuesta, el ángel le anuncia que no podrá hablar hasta que nazca su hijo Juan. Sin embargo, cuando María expresa dudas, no hay indicio de desaprobación divina. ¿Cuál es la diferencia?

Lo que vemos es que la visión de la Biblia sobre la duda tiene matices maravillosos. En muchos círculos, el escepticismo y la duda son considerados un bien absoluto e inexcusable. Por otra parte, en muchos círculos religiosos conservadores y tradicionales, se considera que cualquier clase de cuestionamiento o de duda está mal. Si te encuentras en el grupo de jóvenes en cierta iglesia y tienes preguntas sobre la Biblia, es probable que el líder de jóvenes te ladre: «¡No deberías dudar! Debes tener fe».

La Biblia no presenta ninguna de estas dos posibilidades. Hay una clase de duda que es la señal de una mente cerrada y existe otra clase que muestra una mente abierta. Algunas dudas buscan respuestas y otras son una defensa en contra de la posibilidad de respuestas. Hay personas como María que están abiertas a la verdad y dispuestas a renunciar a la soberanía de sus vidas si se les puede mostrar que la verdad es diferente de lo que pensaban. Y están los otros, como Zacarías, que usan las dudas como una manera de permanecer en control de sus vidas y de mantenerse con la mente cerrada. ¿Qué clase de duda tienes tú?

María responde gradualmente

La fe de María se produce en etapas. La fe cristiana requiere el compromiso de toda nuestra vida. Sin embargo, pocos pasan de no estar comprometidos a un compromiso total con una sola pincelada. ¿Cómo es el proceso? Puede ser muy diferente de una persona a la otra.

Es peligroso estandarizar la experiencia cristiana. John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*, pasó casi un año y medio en un estado de gran agonía y depresión antes de salir adelante y recibir la gracia y el amor de Dios. Por otra parte, la primera vez que el carcelero de Filipos oyó el evangelio, se le iluminó la mente como con un relámpago, aceptó a Dios por completo y fue bautizado de inmediato (Hech. 16:22-40). Nos equivocamos si señalamos a Bunyan e insistimos en que los verdaderos cristianos solo pueden venir a Cristo a través de un largo período de lucha y agonía. Y nos equivocamos también si señalamos conversiones repentinas y radicales como la del carcelero y luego preguntamos: «¿Sabes exactamente el día y el minuto en que te convertiste a Cristo?». Me gusta que María esté en el medio —ni como Bunyan, ni como el carcelero— y, por lo tanto, nos muestra que la conversión y la aceptación llegan en diferentes velocidades a cada persona. No podemos marcar una norma de cuándo y cómo debería suceder. Sin embargo, al mirar el proceso de María, podemos aprender mucho para nuestros propios procesos.

Su primera reacción fue una *incredulidad medida*. La primera vez que oyó el mensaje del evangelio, exclamó: «¿Cómo podrá suceder esto?» (Luc. 1:34). Es una forma educada de decir: «¡Esto es una locura total, imposible!». Si has oído el mensaje cristiano y en *algún* punto no lo has encontrado increíble, no estoy seguro de que lo hayas captado de verdad. Sé que existe una diferencia entre los que se criaron en hogares cristianos y aquellos que no tuvieron ningún trasfondo parecido. Tal vez el cristianismo nunca te resultó desconocido. Pero, si nunca te has detenido a mirar el evangelio y lo has encontrado ridículo, imposible, inconcebible, no creo que de verdad lo hayas entendido. A María le costó creerlo. No obstante, su reacción fue medida. No abandonó la conversación. Pidió más información.

Su segundo paso es una *simple aceptación*. Dice: «Aquí tienes a la sierva del Señor […]. Que él haga conmigo como me has dicho». No dice: «¡Ahora lo veo tan claro! ¡Ya entendí!», ni tampoco: «Me encanta este plan y me entusiasma formar parte de él». Lo que está diciendo es: «Para mí no tiene sentido, pero seguiré adelante». Este puede ser un espacio muy importante donde permanecer, al menos por un tiempo. Algunos no se acercarán a Jesús en absoluto a menos que todo les cierre: racional, emocional y

personalmente. Para ellos, existe el gozo exultante en Dios o nada en absoluto. Pero, algunas veces, solo puedes hacer lo mismo que María: simplemente someterte y confiar a pesar de los temores y las reservas. Esto te da el punto de apoyo para avanzar.

Hace algunos años, hablé con una mujer que concurría a la iglesia en forma habitual, a pesar de que no la habían criado en el cristianismo, ni tampoco había ido antes a una iglesia. Cuando le pregunté dónde estaba respecto a su fe, respondió algo así: «Solía pensar que el cristianismo era ridículo, pero ya no es así. En realidad, he llegado a entender que las alternativas son aun menos creíbles y no tengo ninguna buena razón para aceptarlas. Sin embargo, todavía no lo siento y me asusta pensar qué significa esto. Pero aun así, aquí estoy. Quiero esto. Simplemente no sé cómo recibirlo». Así fue como María siguió adelante.

Finalmente, vemos que, con el tiempo, llega a *ejercer fe desde el corazón*. Recién cuando visita a su prima Elisabet, embarazada de Juan el Bautista, llega a entender plenamente. Elisabet, mediante el poder del Espíritu Santo, percibe que María lleva en su vientre al niño mesiánico (vv. 41-45). El conocimiento y la perspectiva de Elisabet confirman lo que el ángel había dicho y esto le da a María una confianza y una fe más profundas. Ahora estalla en alabanza que, como ella dice, ha envuelto todo su corazón: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija» (vv. 46-47). Además, conecta todo lo que le está sucediendo con las promesas de la Biblia a lo largo de los siglos (vv. 50-55). Ahora, no somete meramente su voluntad, sino que entrega su corazón con gozo. Al final, la fe siempre va más allá del consentimiento mental y del deber, e involucra todo tu ser: mente, voluntad y emociones.

¿Por qué la fe requiere esta clase de tiempo y sigue tantos caminos diferentes? Porque la verdadera fe no es algo que simplemente decides ejercer por ti mismo. No es un proceso sobre el cual tienes control. Como vimos en el último capítulo, tenemos profundos prejuicios en contra de la idea de no tener el control completo de nuestras vidas. Por nuestra cuenta, somos incapaces de creer simplemente en Jesús. A través de los años, nunca he conocido a una persona que haya llegado a la fe simplemente por la decisión de desarrollarla y luego haya llevado a cabo el plan. No; Dios tiene

que abrir nuestros corazones y ayudarnos a vencer nuestros prejuicios y nuestras negaciones. Una de las características de la verdadera fe cristiana, entonces, es la noción de que existe alguna clase de poder exterior que pone su dedo sobre ti, viene a ti y trata contigo. Te muestra las cosas que te resultan increíbles, te ayuda a ver que es verdad y luego, te permite regocijarte y entregarte. Aquel que te hizo en un comienzo te hace otra vez (Tito 3:4-7). A menos que Él venga y se revele a nosotros, como lo hizo con María, nunca podremos encontrarlo.

María responde con asombro

Ya hemos mencionado que María canta: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador» (Luc. 1:46-47). En la Biblia, el alma y el espíritu no son dos cosas diferentes. No quiso decir: «Una parte de mí que es el alma hace esto y la otra parte que es el espíritu, aquello». Lo que expresa mediante la repetición, que es un típico recurso literario semítico para enfatizar un punto, es que se ha conmovido hasta lo más profundo de su ser. María no expresa: «Pienso que esto puede añadirle valor a mi vida» o «Esto es justo lo que necesito para alcanzar mis metas en la vida». No hay nada calculado. No está sopesando los costos y beneficios para decidir hacer algo. Ha quedado inmersa por completo: su pensamiento está convencido, sus sentimientos están cautivados y su voluntad se ha rendido gustosamente.

No obstante, también existe una nota de asombro al ver que le ha sucedido a *ella*. En esta canción, María se extiende por los corredores del tiempo y recuerda las antiguas promesas hechas a Abraham, todas las veces en que Dios libró a Su pueblo en el pasado y todas Sus poderosas obras. En medio de esto, se da cuenta: «porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva […] porque el Poderoso ha hecho grandes cosas *por mí*» (vv. 48-49, énfasis añadido). Dios había dedicado siglos a la preparación de este día y ahora, salvaría al mundo a través de una simple adolescente pobre que todavía no se había casado. «Por mí». Hay una nota de gozo y de asombro al pensar que Dios la esté bendiciendo y honrando a ella.

Yo sostendría que, a pesar de las características únicas de la situación de María, todos deberíamos estar asombrados de ser cristianos, de que el gran Dios esté obrando en nosotros. En «Oh, aldehuela de Belén», cantamos: «¡Oh

santo Niño de Belén! Desciende con tu paz; en nuestras almas nace hoy limpiando todo mal». Es una imagen audaz, pero muy cierta. Todo cristiano es como María. Todo aquel que pone su fe en Cristo recibe, mediante el Espíritu Santo, a «Cristo en *ustedes*, la esperanza de gloria» (Col. 1:27, énfasis añadido). Deberíamos estar tan sorprendidos como ella de que Dios nos diera —con todas nuestras pequeñeces y fallas— un regalo tan poderoso. Por lo tanto, ningún cristiano debería alejarse jamás de este asombro al poder decir: «Yo, de todas las personas, he sido amado y abrazado por Su gracia».

Me animaría a llegar tan lejos como para decir que esta perenne nota de sorpresa es la marca de todo aquel que comprende la esencia del evangelio. ¿Qué es el cristianismo? Si piensas que es principalmente ir a la iglesia, adoptar un cierto credo y llevar una cierta forma de vida, entonces, no habrá ninguna nota de asombro ni de sorpresa por ser creyente. Si alguien te pregunta: «¿Eres cristiano?», dirás: «¡Claro que lo soy! Es difícil, pero lo estoy logrando. ¿Por qué preguntas?». Según esta visión, el cristianismo es algo que *tú* haces, entonces, no hay nada de qué asombrarse. Sin embargo, si el cristianismo es algo que se hace *por* ti, para ti y en ti, entonces, constantemente habrá una nota de sorpresa y asombro. John Newton escribió el himno:

Amemos, cantemos y asombrémonos,
Alabemos el nombre del Salvador.
Ha silenciado el fuerte trueno de la ley,
Ha apagado la llama del monte Sinaí.
Nos ha lavado con su sangre
Nos ha traído cerca de Dios.[1]

Fíjate de dónde provienen el amor y el asombro: de que Él ha hecho todo esto y nos ha atraído hacia sí. Él lo ha hecho. Entonces, si alguien te pregunta si eres cristiano, no deberías decir: «¡Por supuesto!». No debería tener nada de «supuesto», nada que se dé por sentado. Sería más apropiado decir: «Sí, lo soy, y es un milagro. ¡Yo! ¡Un cristiano! ¿Quién lo hubiera pensado? Sin embargo, Él lo hizo y soy suyo».

María responde con una rendición voluntaria

Volvamos a la famosa declaración de María en Lucas 1:38: «Aquí tienes a la

sierva del Señor [...]. Que él haga conmigo como me has dicho». Esta es una declaración de obediencia que tiene mucho para enseñarnos.

Primero, no es una obediencia ciega, sino una con bases teológicas. No se trata de un simple consentimiento ante un poder superior. No dice con los dientes apretados: «Dios, tú tienes todas las cartas. No me queda otra opción». Cuando exclama: «Aquí tienes a la sierva del Señor», basa su obediencia en la realidad de que Él es Dios, nuestro creador y guardador, y por lo tanto, merece nuestro servicio. No tenemos el conocimiento, ni el poder, ni el derecho para decirle lo que debe hacer.

Décadas atrás, asistí a una charla en un centro de conferencias cristiano sobre entregar nuestra vida a Cristo y hacer Su voluntad, no la nuestra. Se nos presentaron dos preguntas. Primero, ¿estás dispuesto a obedecer todo lo que la Biblia dice claramente, te guste o no? Segundo, ¿estás dispuesto a confiar en Dios en todo lo que envíe a tu vida, lo entiendas o no? Si no puedes responder estas dos preguntas de manera afirmativa, se nos dijo, tal vez creas en Jesús de un modo general, pero nunca le has dicho: «Soy el siervo del Señor». Aquellas preguntas me sorprendieron, pero al día de hoy, creo que son indicadores precisos de aquello que se nos pide a los cristianos.

Otra charla en esa conferencia me ayudó a formar lo que llamo el «fundamento teológico» para esta clase de servicio a Dios. La mujer que hablaba dijo: «Si la distancia entre la tierra y el sol —150.000.000 de km [93.000.000 de millas]— tuviera solo el espesor de una hoja de papel, entonces la distancia de la tierra a la estrella más cercana sería una pila de papeles de 21 m [70 pies] de alto; el diámetro de la Vía Láctea sería una pila de papeles de más de 480 km [300 millas]. Ten en cuenta que existen más galaxias en el universo de las que podemos enumerar. Parece que son más que las partículas de polvo que hay en el aire o los granos de arena en las playas. Ahora bien, si Jesucristo sostiene todo esto meramente con la palabra de Su poder (Heb. 1:3), ¿es la clase de persona a la que le pedirías que fuera tu ayudante en la vida?». Aquella simple lógica echó por tierra mi resistencia a hacer lo que hizo María. Es verdad, si realmente es así, ¿cómo puedo tratarlo como un asesor y no como el Señor supremo?

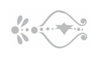
María rindió su voluntad a Dios. Piensa por un momento todo lo que se le pedía, porque estoy seguro de que ella lo pensó. Recuerda algunos hechos

culturales que destacamos un par de capítulos atrás cuando examinábamos el mensaje del ángel a José. María estaba a punto de tener un hijo y, aunque José se quedara con ella, la gente iba a hacer el cálculo: «Se casaron tal día, el bebé nació tal otro… ¡Eh! ¿Qué pasa aquí?». Sabía que, en una sociedad tradicional y paternalista, en una pequeña aldea, siempre la verían como la que había engendrado un hijo ilegítimamente. Toda la comunidad pensaría que había tenido relaciones sexuales con José antes de casarse o que le había sido infiel a su prometido. Sabía que a Jesús lo verían como un bastardo, y sin embargo, dijo: «Aquí tienes a la sierva del Señor». Sabía en qué se metía. «Esto puede significar una vida de desgracia… o de algo peor. Sea como sea, lo acepto».

María conecta la promesa de Dios a Abraham con la que le hace a ella (v. 55), y la comparación es adecuada. Piensa en lo que le costó a Abraham la promesa de Dios y su fiel servicio a esa promesa. Dios le dijo: «Quiero traer salvación a este mundo a través de ti; a través de tu cuerpo, a través de tu familia». Abraham respondió: «Entonces, ¿qué quieres que haga?». Dios le respondió: «¡Sal de aquí! Deja a tu tierra, a tu familia y a tus amigos. Deja todo lo que conoces, toda la seguridad. Sal al desierto». «¿Adónde quieres que vaya?», preguntó Abraham. «Te lo diré más tarde», le respondió Dios. En el libro de Hebreos, dice: «... y salió sin saber a dónde iba» (Heb. 11:8, RVR1960). Exactamente lo mismo sucedió con María. Tal vez, como tantas otras adolescentes, había soñado con su futura vida. Quizás había pensado: *Me casaré con José y tendremos una casa como esta, tendremos tantos hijos y…* Pero ahora, el llamado de Dios pone en duda todo aquello. ¿Quién sabe qué clase de vida le espera? No importa. Cuando dice: «Soy tu sierva», sale *sin saber adónde va*.

Todo el que quiera ser cristiano debe hacer básicamente lo mismo que hicieron María y Abraham antes que ella. Convertirse en cristiano no es como anotarse en un gimnasio; no es un programa para «vivir bien» que te ayudará a florecer y a alcanzar tu potencial. El cristianismo no es otro vendedor que provee servicios espirituales que aceptas, siempre y cuando satisfagan tus necesidades a un costo razonable. La fe cristiana no es una negociación, sino una rendición. Significa que tienes que soltar tu vida. La «Oración del pacto» de Juan Wesley lo expresa bien:

Señor, ya no soy mío, sino tuyo.
Úsame para lo que quieras, compárame con quién tú quieras.
Ponme a hacer, ponme a sufrir.
Puedes emplearme o dejarme de lado,
Exaltarme o humillarme.
Permíteme estar lleno, permíteme estar vacío.
Permíteme tener de todo, permíteme no tener nada.
Voluntariamente y de corazón rindo todo a tu voluntad y placer.
Y ahora, oh glorioso y bendito Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo,
Tú eres mío, y yo soy tuyo.
Que así sea.
Y el pacto que he hecho en la tierra,
Sea ratificado en el cielo.
Amén.[2]

 *Cómo podemos seguir las huellas de María* 

El llamado a una rendición feliz, voluntaria y con fundamento teológico es lo más radicalmente contracultural posible en el mundo occidental moderno que valora la autonomía personal por sobre todas las cosas. Los lectores, por lo tanto, pueden sentirse abrumados a esta altura. Tal vez podemos decir que los grandes héroes de la fe en el pasado, como María, tenían recursos espirituales para algo semejante, pero que nosotros no los tenemos. No lo creas. En realidad, tenemos mejores recursos que ella. Existe una penúltima y una última razón por la que podemos seguir a María en este camino.

La penúltima es reconocer que, si nos comprometemos con Dios, podemos confiar en que Él se compromete con nosotros. Jesús les preguntó una vez a Sus discípulos: «¿Quién de ustedes que sea padre, si su hijo le pide un pescado, le dará en cambio una serpiente?» (Luc. 11:11). Luego, explicó que Dios es infinitamente más generoso que los padres terrenales y que «dará el Espíritu Santo» a todo el que lo pida (Luc. 11:13). Esto no quiere decir, ni remotamente, que la Biblia garantice que la vida será fácil para los cristianos. Sin embargo, cuando las desilusiones y las dificultades conducen a los creyentes cristianos más hacia los brazos de Dios —para hacer que Él sea

más y más su significado, satisfacción, identidad y esperanza— descubrirán, con el correr del tiempo, que se vuelven más firmes, resilientes, felices y sabios. Pablo escribe:

> Por tanto, no nos desanimamos. Al contrario, aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día. Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento. Así que no nos fijamos en lo visible sino en lo invisible, ya que lo que se ve es pasajero, mientras que lo que no se ve es eterno (2 Cor. 4:16-18).

De alguna manera misteriosa, los problemas y el sufrimiento nos refinan como al oro y nos convierten, interna y espiritualmente, en algo hermoso y grande.

Fíjate en la propia María. Esta niña, de no más de quince años, cerca de lo más bajo de la escala social, sabía que si se rendía a Dios descendería aún más bajo. Sin embargo, lo hizo voluntariamente y atravesó la agonía de ver cómo torturaban a su hijo y cómo moría joven. Piensa en toda la oscuridad que abrazó cuando dijo: «Aquí tienes a la sierva del Señor». ¡Sin embargo, mira! Hoy en día, la mayoría de las personas en el mundo saben quién es ella. Como se humilló a sí misma y se hizo sierva, se convirtió en una de las grandes personas de la historia. Esto ilustra vívidamente que «el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mat. 23:12) y que «el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará» (Mat. 16:25).

María dice: «Soy solo una joven pobre y sin educación, y seré una marginada social si traes este niño a mi vida. ¿Cómo se supone que *eso* pueda salvar al mundo?». Y la respuesta del ángel es, literalmente: «Porque para Dios no hay nada imposible» («Ninguna palabra de Dios fracasará jamás») (Luc. 1:37). La historia muestra cuán acertado estaba.

Entonces, ríndete a Él y no subestimes lo que puede hacer en ti y a través de ti, si te pones en Sus manos. Como escribió Pablo en 2 Corintios, si nos entregamos por completo al Señor, Él hará grandes cosas aun en nuestras pruebas. Un autor cristiano relata esta fábula:

> Hay una vieja historia de un rey que fue a las calles de su pueblo para saludar a sus súbditos. Un mendigo sentado a la vera del camino levantó

ansioso su recipiente de limosnas, seguro de que el rey le daría generosamente. En cambio, el rey le pidió que él le diera algo. Tomado por sorpresa, el mendigo tomó tres granos de arroz de su recipiente y los arrojó sobre la mano extendida del rey. Cuando, al final del día, el mendigo sacó todo lo que había recibido, encontró, para su asombro, tres granos de oro puro en el fondo del recipiente. ¡Ay, si le hubiera dado todo![3]

Una razón por la que podemos entregarnos a Jesús es porque tenemos una mejor visión de la que tenía María sobre el «eterno peso de gloria» que se alcanza cuando lo obedecemos. Pero esta no puede ser la razón definitiva por la que nos rindamos a Él. Nuestra mayor motivación para rendirnos a Él no puede ser por lo que hará *en* nosotros. Debe ser amarlo por lo que hizo *por* nosotros.

En las antiguas traducciones, María dice: «… hágase conmigo conforme a tu palabra» (Luc. 1:38, RVR1960). Estas palabras están sumamente cerca de las que diría su hijo algún día: «… pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mat. 26:39, RVR1960). Se rindió de este modo *antes* de saber lo que Jesús haría por ella. Sabemos que, por cada sacrificio que María hizo por Él, Jesús hizo infinitamente más por ella. María aceptó que tenía que descender en el mundo; pero piensa en cuánto tuvo que descender el Hijo de Dios, del cielo a la tierra. En aquella cultura brutal de la vergüenza y el honor, María sabía que aceptaba la voluntad de Dios aun a riesgo de su propia vida. Pero Jesús aceptó la voluntad del Padre sabiendo que le costaría todo.

Cuando estaba en el jardín de Getsemaní, dijo que no quería esa «copa», no quería el sufrimiento. Sin embargo, se rindió: «Hágase tu voluntad». Al decirlo, sabía que Su obediencia al Padre significaría lanzarse a una oscuridad infinita e insondable, diferente a todo lo que otro pudiera haber conocido. Salió sin saber adónde iba. Pero oh, mira la redención infinita e inacabable que vino gracias a Su obediencia: un eterno peso de gloria para todos nosotros.

¿Ahora puedes ver los mejores recursos con los que contamos? A diferencia de María, podemos leer las narraciones vívidas, podemos ver a Jesús como el gran Siervo que entregó Su voluntad por todos nosotros. Esto nos permite decir: «Señor, si hiciste esto por mí, entonces puedo confiar en ti y hacer esto

por ti». Si ella, un ser humano como el resto de nosotros, pudo hacerlo sin tener conocimiento aún de la cruz, entonces nosotros también podemos hacerlo. Que, en esta prueba, no saquemos un puntaje menor al de María, esta simple adolescente. Ella nos señala el camino.



CAPÍTULO 6

La fe de los pastores



En esa misma región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, turnándose para cuidar sus rebaños. Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían:

«Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad».

Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, a ver esto que ha pasado y que el Señor nos ha dado a conocer». Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño que estaba acostado en el pesebre. Cuando vieron al niño, contaron lo que les habían dicho acerca de él, y cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído, pues todo sucedió tal como se les había dicho.

LUCAS 2:8-20

En las obras de Navidad todos los años, cientos de niños se visten con túnicas para representar la parte de los pastores. Estamos acostumbrados a asociar a los pastores con el nacimiento de Cristo, pero ¿qué hacen aquí? ¿Qué papel juegan? Lamentablemente, el significado de los pastores se ha vuelto meramente sentimental. En nuestra imaginación, evocan escenas pastorales encantadoras y corderitos de peluche. Pero esta no es la razón por la que Lucas eligió este suceso de entre muchos otros que hubiera podido

narrarnos sobre el nacimiento de Cristo. Intentaba enseñarnos algo. Los pastores, al igual que María, recibieron un mensaje angelical. En respuesta, escucharon bien, vencieron sus temores y salieron al mundo a llevar a otros las gozosas noticias. Al estudiar lo que hicieron, podemos aprender cómo deberíamos responder a las promesas de Navidad. Recorramos el pasaje desde el final hacia el comienzo, para considerar cuatro cosas que deberíamos hacer.

Oír bien

Los pastores oyeron a los ángeles hablar de Jesús y fueron a verlo por sí mismos (Luc. 2:15). Luego, «contaron lo que les habían dicho acerca de él» (v. 17). Transmitieron a otros lo que los ángeles les habían contado y añadieron al mensaje su propio testimonio como testigos oculares (v. 17). El resultado fue que quienes escucharon a los pastores «se asombraron», pero no se nos dice que hayan llegado a creer. No obstante, el mensaje tuvo un efecto más poderoso en los pastores, que «regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído» (v. 20).

En estos versículos, Lucas nos habla sobre la importancia de oír bien. «Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo» (Rom. 10:17). Uno de los constantes problemas en mi matrimonio es que frecuentemente no escucho de verdad a mi esposa. Suele suceder que surge algo por lo que le pregunto a mi esposa, Kathy, y ella responde: «Ya te lo dije. ¿Me estabas escuchando?». Entonces, la respuesta más adecuada suele ser: «Sí, pero no». Sí, recuerdo que hablaste de eso. En ese sentido, lo oí. Pero en realidad, no permití que penetrara, no presté la atención adecuada, no pensé en las implicancias.

El texto nos da alguna guía sobre cómo oír bien espiritualmente. Nos muestra algo de lo que debemos cuidarnos y algo que debemos hacer.

Debemos cuidarnos de distraernos demasiado por la característica de los mensajeros. Fíjate que los pastores parecieron más profundamente afectados que el resto de la gente. Esto puede deberse a que escucharon el mensaje de los ángeles, pero los demás lo escucharon simplemente de pastores comunes y corrientes. Como te dirán correctamente muchos sermones cristianos, los pastores no tenían un estatus social alto en las sociedades antiguas. No tenían

educación; no tenían poder social. Ellos oyeron las palabras de los ángeles que son, como mínimo, oradores fascinantes e impresionantes (¡cabe imaginar!). Pero el resto de la gente oyó el evangelio de seres humanos que no eran elocuentes ni impresionantes en absoluto. Si un mensaje es desafiante o difícil de creer, es fácil desecharlo cuando nos concentramos en los mensajeros. «¿Por qué creerle a alguien *así*?».

Nosotros mismos nos encontramos en una posición muy similar. En algunos casos, los autores de la Biblia literalmente vieron ángeles, tuvieron revelaciones directas de Dios o, como en el caso de los apóstoles, conocieron a Jesucristo en persona. Los autores de la Biblia tuvieron visiones y revelaciones, pero nosotros… solo tenemos un libro. Y además, comunicadores que son predicadores, maestros y mensajeros muy humanos. Esto es un problema serio para una sociedad como la nuestra, que parece tener un déficit de atención que abarca a toda la cultura. Es extraordinariamente fácil no escuchar realmente la Palabra de Dios, porque llega a través de medios que no son espectaculares. La Biblia es un libro largo y de ninguna manera fácil de leer. Los predicadores y los maestros tienen imperfecciones de renombre, y cada vez que uno de ellos tropieza, parece ser una garantía para alejarse de todo el proyecto cristiano, con Biblia y todo.

Sin embargo, nuestros instintos aquí no son confiables. Incluso un mensajero irrisorio puede entregar un verdadero mensaje. El asno de Balán era un verdadero burro. Sin embargo, en uno de los relatos más raros e interesantes de la Biblia, Dios le habló a Balán a través de este animal (Núm. 22:21-39). La lección es que el medio *no* es el mensaje, que no debemos ignorar las verdades incómodas simplemente porque lleguen a través de un mensajero común y corriente. Muchas veces, he oído decir a una persona que ha ido a tal o cual iglesia y que el predicador era aburrido y hablaba durante horas y horas. Suelo responder: «Muy bien, ¿pero el sermón estaba equivocado? Aunque la comunicación fue aburrida, ¿te presentaron la verdad de Dios?».

Debemos ser conscientes de nuestros prejuicios. Para un matrimonio, escuchar sin escuchar de verdad es malo; pero para nuestra relación con Dios es absolutamente destructivo. La Biblia descansa sobre una forma

extraordinariamente fácil de ignorar. Sus maestros y predicadores suelen no ser interesantes, pero no podemos permitir que eso nos impida escuchar. La Escritura contiene un tesoro infinitamente valioso, mayor que el oro y la plata en todas las profundidades de la tierra (Sal. 19:10; 119:72). Ten cuidado de perdértelo debido a las fallas de carácter de los mensajeros. Esto nos lleva a considerar lo que este texto nos alienta a hacer.

Nuevamente, María es nuestro ejemplo. Hay dos palabras que describen cómo escuchó la Palabra de Dios. Primero, Lucas 2:19 dice que «meditaba» en lo que había oído de los pastores. Los eruditos nos dicen que el término griego significa «poner en contexto, conectar, pensar en voz alta». Es mirar un versículo de la Biblia y decir: «¿Qué significa esta palabra? ¿Cómo se conecta con otras cosas que sé que son verdad? ¿Cómo se conecta con el resto de la Biblia?». El Salmo 119:130 afirma: «La exposición de tus palabras nos da luz». Exponer es declarar, interpretar, explicar el sentido genuino de una palabra o de un texto que puede tener varios significados o es difícil de entender. Esto sucede con la Biblia. Lo que puede parecer una simple declaración, al meditarla y exponerla podemos descubrir que tiene múltiples dimensiones de significado y aplicaciones personales interminables, muchas más de las que se podrían descubrir con una mirada por arriba.

En aquella conferencia cristiana formativa (para mí) a la que me referí anteriormente, hubo una sesión sobre cómo leer la Biblia. La oradora, Barbara Boyd, nos dijo: «Siéntense durante 30 minutos y anoten al menos 50 cosas que aprendan de Marcos 1:17», donde encontramos: «Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres». Luego nos indicó: «No piensen que después de diez minutos y de cuatro o cinco cosas que hayan anotado ya lo han resuelto. Dediquen los 30 minutos completos y traten de llegar a 50 observaciones». Entonces, nos sentamos en silencio e hicimos como se nos había dicho. Y por cierto, luego de unos diez minutos, estaba bastante seguro de que había visto todo lo que se podía ver en estas once palabras. Bajé la lapicera y quise pasar el resto del tiempo soñando despierto, pero todos los demás parecían seguir trabajando, así que tomé la lapicera y comencé a meditar un poco más. Entonces, comencé a notar cosas nuevas. Si imaginaba lo que la oración significaría *sin* una de esas palabras, era más fácil evaluar el significado único que aportaba a la oración. Esto me

dio la capacidad de obtener otras dos o tres reflexiones sobre cada término. Luego, traté de parafrasear todo el versículo, de decirlo con mis palabras. Aquello me mostró más niveles de significado e implicaciones que había pasado por alto.

Al finalizar los 30 minutos, la profesora nos pidió que encerráramos en un círculo aquella reflexión que nos pareciera la mejor o aquello más transformador para la vida que hubiéramos sacado del texto. Luego, dijo: «Muy bien, ¿cuántos de ustedes encontraron esto increíble, transformador en los primeros cin-co minutos?». Nadie levantó la mano. «¿En los primeros diez minutos?». Nadie levantó la mano. «¿En los primeros quince minutos?». Unas pocas manos se levantaron. «¿A los 20 minutos?». Algunas más. «¿A los 25 minutos?». Aún más. Aquella sesión cambió mi actitud hacia la Biblia y, por cierto, mi vida.

Tu Palabra es como mina muy profunda;
Donde joyas ricas y escasas
Se esconden y en la profundidad abundan
Para todo el que a buscarlas vaya.[1]

No obstante, Lucas 2:19 dice que María no solo meditó, sino que también «guardó en su corazón» lo que oía. Esta expresión se refiere más a las emociones y al corazón. Significa mantener algo vivo o saborearlo. María no solo trata de comprender la Palabra de Dios de manera cognitiva. La lleva todo el camino hacia dentro, por así decir, para disfrutarla y experimentarla. Guardar en el corazón no es tanto una técnica como una actitud.

En otras partes, la Biblia habla de esto: «En mi corazón atesoro tus dichos» (Sal. 119:11). Llevar el mensaje a mi corazón no significa meramente interpretarlo, sino permitir que me afecte profundamente. En un sentido, significa predicarme a mí mismo, recordarme el valor, la maravilla y el poder de esa verdad en particular que estoy atesorando. Es hacerme preguntas: «¿En qué cambiaría mi vida si *realmente* creyera esto desde el fondo de mi corazón? ¿En qué cambiaría mi manera de pensar, de sentir, de actuar? ¿Cómo cambiaría mis relaciones? ¿En qué cambiaría mi vida de oración, mis sentimientos y mi actitud hacia Dios?».

Si no haces estas dos cosas —meditar y atesorar la Palabra de Dios— no escucharás verdaderamente el mensaje. Tus oídos lo oirán, pero tu mente y tu

corazón no. No la captarás, no te confortará, ni te convencerá, ni te transformará.

Hacer la paz

En la mitad de la sección de nuestro pasaje de Lucas 2, oímos uno de los textos cristianos más famosos de todos los tiempos. La antigua versión RVR1960 lo traduce: «… Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres» (v. 14). Pero diversas traducciones modernas traducen algo así: «Paz en la tierra para aquellos sobre los cuales descansa su bondad». Existe un abrumador consenso entre los eruditos de que esta es una traducción más precisa que la antigua versión, pero ¿cuál es la diferencia? La antigua redacción parecía decir que Navidad significaba que todos en el mundo tendrían paz a través de Cristo. Las más nuevas parecen decir que solo los favoritos especiales de Dios tendrán paz a través de Él. Ninguna de estas interpretaciones es la más precisa.

Para llegar a la mejor comprensión de este famoso anuncio, deberíamos recordar lo que suele significar «paz» en la Biblia. No es una paz general con prosperidad, ni una vida libre de problemas. «Paz» significa el fin de la enemistad y de la guerra. Y como vimos en el capítulo 4, la Biblia dice que la paz más importante y fundamental es la *paz con Dios*. Por naturaleza, el corazón humano desea ser rey y, por lo tanto, se muestra hostil a la demanda de señorío de Dios sobre nosotros. Recién cuando vemos nuestra hostilidad instintiva hacia la autoridad divina, podemos comprender uno de los grandes impulsos primarios de toda conducta humana. Estamos comprometidos con la idea de que la única manera en que estaremos felices es si tenemos el control absoluto de nuestra vida. Por supuesto, este deseo egoísta de dirigir y controlar lleva al conflicto con otros seres humanos. Entonces, las hostilidades con Dios llevan a hostilidades con otros. En la tierra no hay paz, porque no hay paz con Dios.

Sin embargo, la proclama de Navidad es: «Dios y los pecadores se han reconciliado». Jesús es el perfecto mediador entre partes separadas. Al adoptar una naturaleza humana, el Dios-hombre tiende un puente sobre el abismo, muere por nuestros pecados, remedia la brecha y hace la paz (Rom. 5:1-11). ¿Cómo podemos tener esta paz con Dios?

Recuerda que existe más de una manera de expresar tu hostilidad hacia el gobierno de Dios. La persona que no es religiosa explícitamente afirma su independencia de Dios. «¡Quiero vivir como se me antoje!». Pero la persona religiosa afirma su independencia de Dios de manera mucho más encubierta. Dice: «Obedeceré la Biblia, haré todas estas cosas y sé que Dios *tiene* que bendecirme y darme una buena vida». Esto es un esfuerzo para controlar a Dios, no para confiar en Él. Cuando obedeces a Dios para ganarte Su bendición y el cielo, estás procurando ser tu propio salvador, por decirlo de algún modo. Ambas estrategias son hostiles hacia Dios. No permiten que Él sea ni tu soberano ni tu Salvador.

El primer paso para estar en paz con Dios es reconocer que ha existido un conflicto. Una manera de hacerlo es decir: «No solo he hecho cosas *malas,* sino que las *buenas* las he hecho para ser mi propio salvador, para afirmar mi independencia del que es mi Creador y Redentor. Entonces, necesito ser salvo por pura gracia, porque hasta las cosas buenas que he hecho han tenido motivaciones incorrectas. Necesito descansar por completo en la obra redentora de Jesús a mi favor». Al decir esto, finalmente admites el alcance completo de tu resistencia a la soberanía del Señor. Has confesado que no puedes salvarte a ti mismo. Descansas en lo que el Señor Jesucristo ha hecho y te apartas de tu vieja manera de vivir. Esto es hacer las paces con Dios.

¿Quiere decir, entonces, que Navidad solo trae paz a los creyentes cristianos? No. En el Sermón del Monte, Jesús nos dice que todos Sus discípulos pueden ser «pacificadores» (Mat. 5:9). Los pacificadores son aquellos que, al hacer las paces con Dios, finalmente han aprendido a admitir sus defectos y debilidades, a rendir su orgullo, a amar sin la necesidad de controlar cada situación. Estas nuevas habilidades tienen un enorme poder para distender conflictos, para facilitar el perdón y la reconciliación entre las personas. Los cristianos deberían diseminarse por el mundo como pacificadores, como agentes de reconciliación entre las razas y las clases sociales, entre los miembros de las familias y entre un vecino y otro.

Navidad significa que, a través de la gracia de Dios y de la encarnación, la paz con Dios es posible; y si haces las paces con Dios, entonces puedes salir y hacer las paces con todos los demás. Y cuanta más gente abrace el evangelio y haga lo mismo, mejor será el mundo. Por lo tanto, Navidad

significa aumento de paz —tanto con Dios como entre la gente— sobre la faz de la tierra.

No temas

Otra enseñanza que aprendemos de los pastores es una de las primeras cosas que se mencionan en nuestro pasaje. La antigua y conocida traducción es: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo» (v. 10, RVR1960). Esta es la tercera manera en que deberíamos responder al mensaje de Navidad. Si aceptamos sus «nuevas de gran gozo», el temor debería terminar. No deberíamos temer. ¿Por qué?

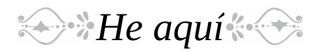
El versículo anterior dice que los pastores «se llenaron de temor». A primera vista, esto no nos resulta inusual. Suponemos que todo el que viera algo tan extraordinario estaría atemorizado. No obstante, sucede algo más que esto. En la Biblia, la gente siempre experimenta una ansiedad y un temor traumáticos cuando están cerca de Dios, o incluso cerca de los ángeles que vienen de Su presencia. Todo se remite a la experiencia original de profundo temor descrita en Génesis 3. Allí, vemos que la humanidad fue diseñada para una relación perfecta con Dios. Entonces, si tienes una relación perfecta con el Señor todopoderoso y amoroso del mundo, no tendrás ningún tipo de temor. No deberías tener temor de Él ni de ninguna otra cosa.

Aquel fue el plan original para la raza humana. ¿Comprendes por qué no debería haber temor? Tememos el *rechazo* y el *fracaso*, pero si estuvieras completamente lleno del amor de Dios, no te importaría lo que piensa la gente. Tememos al *futuro* y a las *circunstancias*, pero si conocieras perfectamente a Dios y que Él es bueno y tiene el control, confiarías en Él. Además, no tendrías temor de la *muerte*, porque sabes que estarás con Él para siempre.

No obstante, cuando los seres humanos decidieron deshacerse del gobierno de Dios en sus vidas, se rompió la relación con Él y quedaron llenos de temor, sujetos al terror (Gén. 3:8-10). La mentira de la serpiente entró en nuestros corazones. Ella dijo: «Necesitan estar a cargo de su vida. No permitan que nadie más esté al frente —incluyendo a Dios— porque entonces, no estarán felices. ¡Se perderán lo que es mejor para ustedes!». Esta distorsión ha pasado como un legado a cada corazón humano y genera un

temor a confiar en Dios. Pero en realidad, es una mentira, porque por más que lo intentemos, es imposible que tengamos el control de nuestra vida en este mundo. Si para estar en paz necesitamos tener el control, sin estar comprometidos con nadie, entonces, estaremos constantemente atemorizados, porque a medida que transcurre la vida, aprendemos que estamos a merced de personas y de fuerzas que no podemos predecir ni controlar.

Entonces, los pastores experimentaron el terror ante los ángeles, pero no fue solo temor a lo inesperado. Como sucede en todas las otras apariciones similares en la Biblia, el temor se debe a que los seres humanos se sienten totalmente amenazados por la presencia de lo santo. Cuando aparece la gloria de Dios, siempre se acentúa y se intensifica nuestra ansiedad fundamental, porque estamos alienados de Dios. No obstante, el ángel tenía un mensaje asombroso: «Ya no tendrán que temer más si *miran* lo que les estoy mostrando». El temor que habita en las profundidades de nuestra alma puede desaparecer para siempre. ¿Cómo? Los ángeles dicen: ¡No teman, pero miren! (Luc. 2:10).



He aquí

Las traducciones antiguas dicen: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo». Las traducciones modernas suelen omitir la expresión «he aquí», por considerar que es arcaica, pero en realidad, existe un término griego equivalente en el texto bíblico. El ángel dice literalmente: «No estén temerosos. *Sean perceptivos*. Porque les estoy anunciando el evangelio». Este es el principio: perciban y no tendrán temor. Si te tomas el tiempo para comprender (he aquí) lo que contiene el mensaje del evangelio, este quitará el temor que ha dominado y ensombrecido tu vida. Según sea el grado al cual verdaderamente investigas este *he aquí* —observas, captas, internalizas, te deleitas y te regocijas en él— del evangelio, en esa medida se socavarán los temores de tu vida.

¿Cuál es este evangelio, cuáles estas buenas noticias a las que tenemos que contemplar? *Ha nacido un Salvador*. Si deseas superar el temor al rechazo y al fracaso, y ser lleno del amor de Dios, si deseas recibir un perdón completo y abandonar la carga melancólica de la autojustificación, tienes que descansar en Él como tu Salvador. El temor siempre te persigue y te abruma cuando

procuras salvarte a ti mismo, ganar tu propio sentido de valía y construir tu propia identidad.

¿Y qué hay del mayor temor que tenemos: el de rendir el control? ¿Cómo podemos confiarle al Señor nuestras vidas? La respuesta es que el pequeño bebé en el pesebre es el poderoso *Cristo el Señor*. Entonces piensa, percibe, medita. Si el omnipotente Hijo de Dios estuvo dispuesto a perder por completo el control —todo por ti— entonces, puedes confiar en Él. Además, esto debería debilitar tu temor.

En 1961, los rusos pusieron al primer hombre en el espacio, Yuri Gagarin. Nikita Khrushchev era el presidente y dijo que, cuando Gagarin fue al espacio, el cosmonauta descubrió que allí no había ningún Dios. En respuesta, C. S. Lewis escribió un artículo: *The Seeing Eye* [El ojo que ve]. Lewis dice que, si existe un Dios que nos creó, no podemos descubrirlo subiendo al espacio. Dios no se relacionaría con los seres humanos como lo hace un hombre que vive en el segundo piso con el que vive en el primero. Se relacionaría como Shakespeare se relaciona con Hamlet. Shakespeare es el creador del mundo de Hamlet y del personaje en sí. Hamlet solo puede saber algo sobre Shakespeare si el autor revela información sobre sí mismo en la obra. Del mismo modo, la única manera de conocer a Dios es si Él se revela a sí mismo.[2]

El anuncio de Navidad es infinitamente más maravilloso que eso. Dios no nos escribió meramente «información» sobre sí; se incluyó en la tinta que escribe el drama de la historia. Vino a nuestro mundo como Jesucristo para salvarnos, para morir por nosotros.

¡Mira! ¿No confiarás en alguien que hizo todo eso por ti? El ángel nos dice: «¿Quieren alivio de todos sus temores? ¡He aquí! Contemplen la Navidad. Contemplen lo que Él hizo». Y cuanto más lo contemples, lo captes, lo atesores y lo medites en tu corazón, más comenzarán a disminuir esos temores. ¡No temas! ¡He aquí!



CAPÍTULO 7

Una espada en el alma



> *El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. Simeón les dio su bendición y le dijo a María, la madre de Jesús: «Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma».*
>
> LUCAS 2:33-35

ste es un texto de Navidad, una narración del nacimiento en el Evangelio de Lucas. Cuando los padres de Jesús lo trajeron al templo para que lo circuncidaran al octavo día, había allí un anciano, Simeón, que había estado esperando al Mesías. Cuando la familia pasó a su lado, él se sintió inspirado por el Espíritu Santo para percibir la verdadera identidad de Jesús. Tomó al bebé en sus brazos y pronunció las ahora famosas palabras llamadas *Nunc dimittis*, que se han cantado en las liturgias de los cultos cristianos a través de los siglos. El *Nunc dimittis* suele traducirse más o menos así: «Ahora, Señor, permite que tu siervo parta en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación». Simeón le agradece a Dios por haber vivido lo suficiente como para ver al Mesías.

El *Nunc dimittis* está dentro de Lucas 2:29-32, pero no es lo único que dice Simeón. Lucas narra que, luego de que María y José escucharan asombrados sus palabras iniciales, Simeón la miró directamente a María y añadió:

> Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma. (Luc. 2:34-35).

Podemos entender por qué esta segunda declaración de Simeón es relativamente desconocida. No se le ha puesto música, ni tampoco se lee en las reuniones cristianas alrededor del mundo. Pero pienso que debería estar presente, porque forma parte de lo que la Biblia nos dice sobre el significado de Navidad y porque necesitamos oírlo. ¿Por qué? Tanto las celebraciones de

Navidad seculares como las de las iglesias se concentran casi por completo en la dulzura y la luz. Todas giran alrededor de cómo la venida de Cristo significa paz en la tierra. Y, por cierto, como vimos en el último capítulo, lo hace. Pero no es así de simple. ¿Cómo puede un cirujano traer paz a tu cuerpo si tienes un tumor? Derrama tu sangre, te corta, porque ese es el único camino a la sanidad. ¿Cómo ayuda un terapeuta a una persona deprimida, abrumada? Por lo general, trae a colación el pasado y hace que el paciente se enfrente a recuerdos dolorosos y a sentimientos terribles. El cirujano y el terapeuta tienen que hacerte sentir peor antes de que puedas sentirte mejor.

En Mateo 10:34, Jesús llega a decir: «No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz sino espada». Rápidamente, continúa para aclarar que no ha venido a incitar a la violencia. Más bien, quiere decir que Su llamado a la lealtad trae conflicto: conflictos tanto entre las personas como dentro de ellas. Como todo otro pacificador que haya vivido, Jesús enloquece a la gente y suele causar luchas y conflictos. Sin embargo, así es como viene Su paz.

Él causa conflicto entre la gente

La primera parte de la profecía de Simeón dice que Jesús causaría «la caída y el levantamiento» y que crearía «mucha oposición». En otras palabras, la gente se polarizaría y muchos se opondrían a Jesús. Esto causaría conflictos.

Hemos explorado parte de la razón por la que la gente tiene esta reacción: la magnitud de Sus reclamos de autoridad. Pero hay otros motivos. En Juan 3:19-20, Jesús afirma que la gente «prefirió las tinieblas a la luz» y detestó la luz, porque revelaba lo que eran en verdad. Incluso a un nivel muy básico, puedes ver este principio en acción. Una vez, conocí a una familia blanca que era muy acogedora con la primera familia afroamericana que se había mudado a su vecindario. Sus vecinos blancos estaban furiosos con ellos. Durante años, estos vecinos le habían hecho el vacío a toda familia nueva que no fuera blanca. Esta familia amigable hizo que los demás sintieran la presión de ser más abiertos y simpáticos, y esto no les gustaba en absoluto.

Una vez, conocí a un policía que, luego de convertirse al cristianismo, no recibía el dinero que los proxenetas locales le pasaban silenciosamente a su distrito policial, para que no arrestara a sus prostitutas. Otros dos policías se

le acercaron y le dijeron: «Será mejor que tengas mucho cuidado. Estás haciendo que los otros muchachos se pongan muy nerviosos. Tienes que tomar el dinero». Él se negó y, luego de recibir algunas amenazas anónimas, tuvo que mudarse a otra ciudad. ¿Ves el principio en acción? No necesitas ser Jesucristo para que la gente se ponga furiosa al quedar expuesta tal cual es. Con solo vivir una vida honrada y moral, quedarán expuestos el chisme en la oficina, la corrupción en el gobierno y el racismo en el vecindario. El pesebre en Navidad significa que, si vives como Jesús, no habrá lugar para ti en muchas posadas.

En los comienzos de la cristiandad, la sociedad romana estaba prácticamente inundada de dioses, de cultos religiosos y religiones misteriosas. En aquella cultura, se esperaba que tuvieras tu propia fe particular y tus propios dioses. De todos modos, cuando llegaba el momento de honrar públicamente a los dioses de una ciudad en particular o al divino emperador, tenías que participar. Los hogares romanos, las agencias cívicas y públicas, los mercados, las asociaciones de comerciantes y las unidades militares tenían cada una sus propios dioses patrones y sus ceremonias públicas regulares dedicadas a ellos. Hasta las cenas más formales incluían el reconocimiento a los dioses locales. Si te negabas a participar, despertabas sospechas, resentimiento y enojo, además del temor a una represalia divina en contra de toda la comunidad.

Pronto quedó claro que el cristianismo era muy diferente a estas otras religiones. No era solo que los cristianos no tenían sacerdotes, sacrificios ni templos, sino que consideraban idolatría los sacrificios a cualquier otro dios. La exclusividad de la creencia cristiana y su convicción de que Jesús no era simplemente un dios, sino *el* Dios, hacía que los cristianos chocaran con casi todos en aquella sociedad religiosamente pluralista. Los cristianos intolerantes parecían ser una amenaza para todo el orden social. Los historiadores explican que, como resultado, los cristianos primitivos solían quedar desheredados, excluidos de los puestos de gobierno, separados de las mejores relaciones comerciales y que, ocasionalmente, eran abusados físicamente y apresados.[1]

En nuestra sociedad secular de hoy, los no cristianos no temen la represalia divina, pero cada vez más, nuestra cultura también ve a los cristianos como

una amenaza contra el orden social. Las creencias tradicionales cristianas se ven, una vez más, como peligrosamente intolerantes y en nuestro futuro es posible que también haya ciertas clases de restricciones y exclusiones. Entonces, el mensaje del evangelio produce hostilidad porque se lo ve —ahora y entonces— como intolerante.

Como hemos visto, existe una hostilidad contra el cristianismo que es aún más fundamental. Romanos 1 nos dice que, en el fondo, sabemos que necesitamos a Dios, pero que reprimimos este conocimiento (Rom. 1:18-20). Todos los seres humanos tenemos un motor de autojustificación en lo profundo de nuestros corazones. Necesitamos creer que somos competentes para dirigir nuestra vida y para salvarnos a nosotros mismos. Todo lo que impida que este motor funcione nos enoja mucho. No existe problema mayor para este complejo de represión y negación que Jesús mismo. Todo en Su vida nos dice: «Sus vidas no les pertenecen; han sido comprados por precio» (1 Cor. 6:19). A nadie le gusta oír algo así. No nos sorprende que se enfurecieran contra Él. Si te identificas con Jesús y no escondes tu conexión, algunos se enfurecerán también contigo.

Existe un peligro al hablar de esto, porque los cristianos son seres humanos con errores y solemos censurarnos debido a la hipocresía y la intolerancia. No debemos tratar de justificar nuestros errores y tropiezos quejándonos porque nos persiguen. Algunas veces, la gente sencillamente siente que la hemos ofendido y tiene derecho a sentirse así. Pero Simeón nos dice que hay una mala disposición hacia Jesús mismo que encontrará una forma de expresión en todo tiempo y lugar, y que todo el que se identifique con Él quedará incluido.

La venida de Jesús a nuestras vidas nos hace pacificadores, pero a la vez, trae conflicto. Si eres un cristiano comprometido, entonces, conocerás tanto los triunfos de la pacificación como el sufrimiento de la oposición. Los cristianos suelen sentirse como el salmista cuando escribió: «Yo amo la paz, pero si hablo de paz, ellos hablan de guerra» (Sal. 120:7).

Él causa conflicto entre la gente

Simeón no se detiene allí. La mira a María y añade: «En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma» (Luc. 2:35). Una espada también te atravesará

el corazón. Y por cierto, lo hizo. Sabemos, por ejemplo, que María estuvo cerca de la cruz y vio cómo moría su hijo (Juan 19:25). Es cierto que sabía y había meditado durante años todos los testimonios respecto a que su hijo era el Cristo, el Mesías. No obstante, como todos los que estaban con Jesús, ella no esperaba una muerte temprana, terrible y luego, una resurrección. Seguramente, le pareció (como sucedió con todos los discípulos de Jesús) que la cruz era el final sangriento e incomprensible de todas sus esperanzas y sueños. A esta terrible desilusión, María pudo añadir la agonía única y el dolor infinito de vivir para ver morir a un hijo.

Incluso antes, el ministerio de Jesús le había traído gran confusión a María. En Marcos 3, se nos dice que para «la madre y los hermanos de Jesús» (v. 31), Sus proclamas y Su ministerio eran, literalmente, locura. Se nos cuenta que salieron para traerlo a la casa por la fuerza, porque estaba «fuera de sí» (v. 21). Cuando llegaron al lugar donde estaba ministrando y lo llamaron para que fuera con ellos, Jesús tuvo que repudiarlos. Esto no significa que haya roto Su relación con Su madre, porque aun mientras moría, la amó y se preocupó por dejarla en buenas manos (Juan 19:25-27). Pero cuando María y el resto de la familia le dijeron que dejara de predicar y enseñar, Él respondió: «¿Quiénes *son* mi madre y mis hermanos?» (Mar. 3:33, énfasis añadido). Luego, miró a la multitud y a Sus discípulos, y dijo: «Aquí tienen a mi madre y a mis hermanos. Cualquiera que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre» (vv. 34-35).

Hay pocas personas que se nos presentan en el Nuevo Testamento más admirables y atractivas que María. Vimos su maravillosa respuesta al ángel y su sabia respuesta a los pastores. Sin embargo, aquí vemos que ni siquiera ella entendió todo cabalmente. Estaba seriamente equivocada en cuanto al objetivo de su hijo, a lo que debía hacer y a cuál debía ser su respuesta. Intentó detenerlo, obstaculizar el ministerio que significaría salvación para el mundo. Esto fue un gran error y la reprensión de Jesús debe haberle llegado a lo hondo.

Una vez más, vemos a María frente a nosotros como una representante de todos los que amamos a Jesús. Si amas a Jesús y le has entregado tu vida, una espada también traspasará tu corazón. Habrá conflictos internos, algunas veces confusión; otras, gran dolor. Entenderás mal las cosas. Hasta es

probable que discutas con Él. También puedes discutir contigo mismo.

¿Por qué? Como escribió J. C. Ryle, el obispo anglicano del siglo XIX, sobre los cristianos: «El hijo de Dios tiene dos grandes características […]. Se lo puede conocer por su *guerra* interior, como así también por su *paz* interior».[2] Cuando pones tu fe en Cristo, muchas luchas terminan, o casi terminan. La lucha por justificarte, por encontrar una identidad, por encontrarle un sentido a la vida que puede acarrear sufrimiento, por encontrar verdadera satisfacción: todas estas luchas se resuelven. No obstante, la fe en Cristo plantea todo un nuevo conjunto de luchas. Por eso, Ryle puede decir que a un verdadero cristiano se lo conoce no solo por la nueva paz, sino también por el nuevo conflicto. Nos explica:

> Hay miles de hombres y mujeres que van a las iglesias y capillas todos los domingos y se llaman cristianos. Sus nombres están en el registro bautismal. Se los considera cristianos mientras viven. Se casaron dentro de una ceremonia cristiana. Cuando mueren, se los entierra como cristianos. ¡Pero jamás ves ninguna «lucha» por su religión! De la lucha espiritual, del esfuerzo excesivo, del conflicto, de la autonegación, de la vigilancia y las disputas no saben literalmente nada. Tal cristianismo […] no es el de la Biblia. No es la religión que fundó el Señor Jesús, ni la que predicaron Sus apóstoles. El verdadero cristianismo es «una lucha».[3]

La floritura retórica de Ryle puede ser más apropiada para la Inglaterra victoriana que para hoy, pero está absolutamente en lo cierto. La nueva paz que Cristo trae no viene sin nuevos conflictos. Consideremos dos formas en las que esto se comprueba.

Para comenzar, *La paz de Dios viene después del conflicto interior del arrepentimiento.* El arrepentimiento es como un antiséptico. Cuando echas antiséptico sobre una herida, arde, pero sana. Así funciona el arrepentimiento. Crea un terrible conflicto interior, porque tienes que admitir cosas que no deseas admitir. Tienes que reconocer una debilidad que no deseas reconocer. No obstante, esta es la única manera de conocer la nueva paz del perdón y de la reconciliación. Además, socava tu orgullo y tu santurronería, una terrible carga para ti y también para quienes te rodean. No hay forma de entrar en la nueva paz que trae el arrepentimiento sin pasar por ese dolor.

Además, *la paz de Dios viene luego del conflicto interno que conlleva la sumisión.* En Romanos 6:8, Pablo habla sobre la guerra interior entre el viejo y el nuevo hombre del cristiano. El viejo hombre continúa deseando que seas tu propio dueño, pero el nuevo conoce la paz de permitir que Dios sea Dios. Cuando se cruzan dos voluntades, ¡por supuesto que habrá una lucha! No obstante, cuando atravesamos cada uno de esos conflictos con Dios y finalmente decimos: «No se haga mi voluntad, sino la tuya», profundizamos en Su paz.

Conozco a una mujer cristiana que, debido a un terrible accidente, no pudo usar más sus extremidades. Durante varios años, estuvo muy amargada y enojada. Entonces, un día dijo: «Dios, yo no tengo derecho a decirte cómo manejar el universo». Luego de colocarse en esa posición, la rodeó cierto esplendor. Una vez que has peleado esa batalla y has ganado, nada puede derribarte. En esta mujer, se desarrolló una confianza especial en Cristo. Nadie debería buscar jamás el sufrimiento. Pero si lo tienes que atravesar y pones más tu confianza en Dios, encontrarás una especie de gozo indeleble, una fortaleza de carácter y un poder que no pueden llegar a ti de ninguna otra manera. Esta clase de lucha puede conducir a una inmensa paz.

Jesús dijo que Él vino a traer espada. Simeón afirmó lo mismo. ¿Entendemos lo que esto significa? Significa que recibiremos hostilidad por amor a Jesús. Significa que tendremos muchas luchas dolorosas en la vida cristiana. Entonces, Navidad nos enseña que los cristianos no deben ceder a la autocompasión. Tampoco deberían ser cortos de vista, porque el resultado final de estos conflictos es una paz y un gozo más profundos.

La palabra de Simeón significa que los cristianos deberían esperar y estar listos para los problemas. Deberían esperar el conflicto como una manera de obtener paz. Podemos verlo en Jesús, en cómo trajo paz a través de la agonía de la cruz. Entonces, no debería sorprendernos cuando llegan los conflictos.

¿Cómo podemos tener la determinación para enfrentar la «espada» de las pruebas y las dificultades? Solo mirando cómo Jesús tuvo la determinación para enfrentar la espada final por nosotros. Génesis 3 describe cómo Dios exilió a la humanidad de Su presencia y del árbol de la vida. Cuando lo hizo, se nos dice que se colocó una «espada ardiente» en el sitio para proteger el lugar de regreso a la vida eterna (Gén. 3:24). Fue otra forma de decir que «la

paga del pecado es muerte» (Rom. 6:23). Todo el Antiguo Testamento da testimonio de esto, porque cada vez que se expiaba el pecado en el tabernáculo o en el templo, un animal sustituto pasaba por el cuchillo y moría.

Entonces, ¿qué hizo Jesús cuando fue a la cruz? Pagó el castigo por el pecado; fue traspasado por la espada. Todo recayó sobre Él. «Fue arrancado de la tierra de los vivientes, y golpeado por la transgresión de mi pueblo» (Isa. 53:8b).

No cedamos a la autocompasión o a la cobardía. La espada que atravesó a Jesús, la batalla que Él peleó por nosotros fue infinitamente más grande que todo lo que nos pide que soportemos. Y cuando se enfrentó a su momento final y la espada descendía, quedó completamente solo y abandonado, aun por el Padre (Mat. 27:46). Sin embargo, cuando nosotros atravesamos dificultades, nunca estamos solos. Él siempre camina allí con nosotros. «Estaré contigo, tus problemas bendeciré, y en la más profunda angustia, te santificaré».[4]

Cuando Simeón le dijo a María: «Una espada traspasará tu alma», ¿qué habría sucedido si ella hubiera dicho: «No quiero tener una espada en el alma»? ¿Y si Jesús hubiera dicho: «¡No quiero una espada en mi alma! No quiero traer paz de esa manera»? ¿Adónde estarías? ¿Adónde estaría yo? No te acobardes. Síguelo hacia la paz.



CAPÍTULO 8

La doctrina de Navidad



Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida. Esta vida se manifestó. Nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y les anunciamos a ustedes la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos ha manifestado. Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea completa.

1 JUAN 1:1-4

Cuando pensamos en Navidad, por lo general recurrimos a pasajes en la Biblia que nos dan relatos del nacimiento de Jesús. Queremos oír sobre los ángeles, sobre María y José, sobre los pastores y los sabios. El texto más arriba, el comienzo de la Primera Epístola de Juan, no nos parece de inmediato un texto de Navidad, porque no describe el nacimiento de Jesús. No obstante, aunque Juan no relata estos sucesos, nos da una explicación maravillosamente concisa de lo que significa la natividad.

La salvación es por gracia

La Navidad significa que *la salvación es por gracia*. Por supuesto, ya lo hemos visto antes, pero fíjate cómo lo explica Juan aquí. En el capítulo 1 del Evangelio de Juan, a Jesús se lo llama «el Verbo». «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). En 1 Juan 1:1, se lo llama «el Verbo que es vida», y luego, en el versículo 2, a Jesús se lo llama «vida eterna». Cuando Juan dice: «la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos ha manifestado», se refiere al mismo Jesucristo. Es una declaración sorprendente, pero su significado está claro. No se nos dice meramente que Jesucristo tiene vida eterna y ni siquiera que la da. Este versículo dice que *es* la vida eterna, la salvación misma.

Se trata de una verdad que hemos encontrado escondida en cada pasaje de

Navidad. En toda otra religión, el fundador señala la vida eterna, pero como Jesús es Dios que vino en carne, Él *es* vida eterna. Unirnos con Él por fe, conocerlo en amor es tener esta vida. Punto y aparte. No hay nada más que tengas que alcanzar o lograr.

A lo largo de los años, me he encontrado con personas que me han dicho algo así: «No sé qué creo sobre Jesús. No sé si creo en la encarnación o en todos estos dogmas. Pero en realidad, la doctrina no importa. Lo que importa es que lleves una buena vida». Sin embargo, cuando dices: «La doctrina no importa, lo que importa es que lleves una buena vida», eso *es* una doctrina; se llama la doctrina de la salvación por las obras y no por la gracia. Supone que no eres tan malo como para necesitar un Salvador, que no eres tan débil como para no poder recomponerte y vivir como deberías. En realidad, estás exponiendo todo un conjunto de doctrinas sobre la naturaleza de Dios, la humanidad y el pecado. Y el mensaje de Navidad es que todas ellas están equivocadas.

Puedes creer en ganarte por tus medios el derecho al cielo para estar con Dios o puedes rechazar la religión por completo y creer sencillamente que tienes los recursos morales dentro de ti como para vivir tal como debería vivir un ser humano. Sin embargo, si sostienes cualquiera de estas dos posiciones, tu vida se caracterizará por el temor y la inseguridad, porque nunca sentirás que eres lo suficientemente bueno; o estará marcada por el orgullo y el desprecio hacia otros si sientes que en verdad has sido lo suficientemente bueno; o te aborrecerás a ti mismo si sientes que has fallado. Tal vez estás oscilando de un modo de vida al otro y te golpeas en cada extremo.

No obstante, existe otra posibilidad. Puedes creer en la verdad de Navidad, que eres salvo solo por gracia a través de la fe en Cristo y nada más. Entonces, podrás obtener una identidad que se humilla en lugar de ceder al orgullo, pero reafirmada y amada en vez de insegura; una identidad que te ofrece perdón y restauración cuando fracasas.

Porque Navidad fue una realidad

Todo esto nos muestra la importancia de que las historias de Navidad hayan sucedido de verdad. Si somos salvos a través de nuestros esfuerzos, entonces las historias sobre Jesús solo tienen una función: inspirarnos a que lo

imitemos y sigamos Su ejemplo. No importa si son ficción o no. Lo importante es que nos dan ejemplos a seguir. Pero si somos salvos por gracia —no por lo que hacemos, sino por lo que Él ha hecho—, entonces es vital que los grandes sucesos de los Evangelios —la encarnación, la expiación en la cruz y la resurrección de los muertos— hayan ocurrido de verdad en tiempo y espacio.

Esto es lo que confirma este texto. Juan dice: «Lo *vimos* con nuestros ojos; lo *oímos* con nuestros oídos; lo *tocamos* con nuestras manos». ¿Por qué es tan enfático? ¿Es tan solo una floritura retórica? No. Robert Yarbrough, un erudito del Nuevo Testamento, dice que los verbos corresponden a las variedades de declaraciones testimoniales en la jurisprudencia antigua. Entonces, cuando Juan escribe: «Lo hemos visto y testificamos —y luego habla de oír, ver y tocar— no es mera charla, sino que, prácticamente, está testificando bajo juramento».[1] Juan dice: «Esto no es solo un conjunto de bonitas historias. Muchos otros y yo fuimos testigos oculares. Damos testimonio de ello. Realmente lo vimos. Él vivió de verdad; murió de verdad; realmente se levantó de los muertos».

Si Navidad no es más que una linda leyenda, en un sentido, estás librado a tu suerte. Pero si es verdad —y Juan dice que es absolutamente verdad— entonces, puedes ser salvo por gracia.

La comunión con Dios es posible

Los versículos 1 y 2 son una especie de declaración ante una corte. Juan insiste en la verdad de la proclama de los ángeles en cuanto a que el divino Salvador nació en Belén. Luego, en los versículos 3 y 4, continúa describiendo el objetivo de esa proclama.

Navidad significa que puedes tener *comunión con Dios*. Juan quiere que sus lectores crean en su testimonio de modo que puedan tener comunión con aquellos que tienen comunión con el Padre y con el Hijo (versículo 3). El término que se utiliza aquí, *koinonia*, significa una relación de participación mutua. Nuestra palabra «comunión» transmite la idea de un lazo profundo, íntimo y multidimensional. Juan dice que los creyentes pueden entrar en esa misma comunión personal con Dios que tenían los apóstoles y otros que vieron y conocieron a Jesús personalmente.

A lo largo de los años, he tenido diálogos fructíferos con muchos miembros y líderes de otras religiones. Les he preguntado cómo obra en su fe la relación individual con Dios. En general, estas son las respuestas que he recibido. Las religiones orientales no otorgan la posibilidad de una comunión *personal*. En definitiva, Dios es una fuerza impersonal y puedes fusionarte con esa fuerza, pero no puedes tener comunión personal con ella. Para otras creencias religiosas, Dios es personal, pero está demasiado lejano como para decir que tiene una comunión íntima y amorosa con los creyentes. Me he convencido de que el distintivo único del cristianismo es la encarnación. Ninguna otra confesión religiosa afirma que Dios se haya hecho carne. Piensa en aquella grandiosa frase del himno de Navidad de Charles Wesley: «Gloria al verbo encarnado, en humanidad velado».

Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios, se le dijo que lo mataría, sin embargo, en Juan 1 se nos dice que, a través de Jesús: «… (vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14, RVR 1960). Charles Wesley no escribió: «Gloria al verbo escondido, en humanidad velado», sino «gloria al verbo *encarnado*»; es decir, se dejó ver. Los profesores de ciencia les enseñan a sus alumnos a mirar a través de filtros para ver el sol y sus características sin dañarse los ojos. De manera similar, es a través de la persona de Cristo que vemos la gloria de Dios.

Si deseas conocer a Dios personalmente, no puedes simplemente creer verdades generales sobre Él y decirle tus oraciones. Debes sumergirte en los textos de los Evangelios. Cuando lees los Evangelios, ves a Dios en forma humana. Vemos la perfección de Dios de un modo en que podemos relacionarnos con Él. Vemos Su amor, Su humildad, Su fulgor, Su sabiduría y Su compasión. Pero ya no son más abstracciones. Las vemos en todas sus formas sobrecogedoras en la vida real. Puedes conocer las glorias de Dios del Antiguo Testamento, tan sobrecogedoras e intimidantes, pero en Jesucristo se *acercan*. Él se vuelve palpable, comprensible. Por sobre todas las cosas, se torna personal, alguien con quien se puede tener una relación.

Navidad y la encarnación significan que Dios hizo lo inimaginable para convertirse en alguien a quien podamos conocer personalmente.

¿En qué se traduce esto en realidad? Daniel Steele, un ministro británico metodista del siglo XVIII, escribió sobre un momento en su vida: «Casi todas

las semanas y algunas veces casi todos los días, la presión de Su gran amor desciende sobre mi corazón en tal medida que hace […] que todo mi ser, alma y cuerpo, giman bajo el peso del exceso casi insoportable de gozo. Y, sin embargo, en medio de esa plenitud, se anhela más [...]. Él ha descorrido el cerrojo de cada departamento de mi ser, lo ha llenado e inundado todo con la luz de Su radiante presencia […]. El punto que antes no se había tocado ha sido alcanzado y toda su dureza se ha derretido en la presencia de [...] Jesús, Aquel totalmente adorable».[2]

Cabe destacar que este ministro no habla de su vida cotidiana de oración, sino de un período inusualmente rico en su vida en el que experimentó una profundidad de comunión personal con Dios que lo sobresaltó y lo transformó. Esta no es la experiencia habitual de todo cristiano, ni siquiera del más fuerte. Lo cito para mostrar lo que es posible, y según 1 Juan 1:1-4, es posible gracias a la encarnación. Jesús se ha convertido en el mediador que derribó las barreras. Esta es la clase de comunión con Dios que ahora podemos tener.

¿Conoces algo de esto? ¿Podemos describir nuestra vida de oración como la participación de una rica comunión con Dios? La encarnación, Navidad, significa que Dios no está conforme con ser un concepto o simplemente alguien a quien conoces de lejos. Haz lo que sea necesario para acercarte a Él. Navidad es un desafío y también una promesa sobre la comunión con Dios.

De modo que tengamos gozo

Navidad significa *gozo*: «buenas nuevas de gran gozo». Aquí en el versículo 4, el pasaje termina con la misma nota. Juan dice: «Mi alegría no será completa hasta que ustedes tengan el mismo gozo en comunión con Dios que nosotros tenemos». La idea de la alegría es importante en los escritos de Juan. En Juan 16:22, Jesús promete que el gozo de Sus seguidores será inconmovible, porque la «plenitud» del gozo del mismo Cristo se reproducirá en nosotros (Juan 17:13): una esperanza notable.

El gozo del cual habla el Nuevo Testamento es, por supuesto, felicidad. Pero no es la clase de efervescencia o aturdimiento que se desvanece frente a las circunstancias negativas. Se parece más al lastre que mantiene estable y derecho a un barco en el agua. En el último volumen de *El Señor de los*

anillos, hay un momento en que el futuro parece inevitablemente sombrío. El mago Gandalf parece haber sucumbido bajo el peso del mundo. Entonces, de repente se ríe, y se revela que a pesar de toda «la preocupación y la tristeza» que experimenta, por debajo hay «una gran alegría: un manantial de alegría que si empezaba a brotar bastaría para que todo un reino estallara en carcajadas».[3]

Cuando vivíamos en Filadelfia, compramos una casa en la ladera de una colina. Por cierto, originalmente toda la comunidad se llamaba «Hillside» [Ladera de colina]. Notamos que, por más caluroso y seco que fuera el clima en verano, nuestro sótano siempre estaba fresco y húmedo. No entendíamos el porqué hasta que uno de los vecinos, que hacía largo tiempo vivía allí, nos dijo que había un río subterráneo que corría por debajo de la ladera de la montaña, justo debajo de los cimientos de nuestras casas. Aun cuando hiciera un calor seco y agobiante, en nuestro sótano siempre estaba fresco y agradable. El Salmo 1 usa esta misma imagen para describir al hombre o la mujer piadosos, que son como un árbol que no depende de la lluvia porque sus raíces están junto a un río de vida (Sal. 1:3).

El gozo que trae Navidad, la seguridad del amor y el cuidado de Dios, es como un río subterráneo de gozo, un manantial de alegría que siempre te revigorizará, sean cuales sean las circunstancias de tu vida.

A través de medios corrientes

Quisiera aclarar que a menudo no podemos experimentar este gozo cristiano porque los medios para alcanzarlo son sumamente corrientes.

La afirmación en 1 Juan 1:1 de que lo «hemos tocado con nuestras manos» nunca deja de causar asombro. ¿Cómo es posible que lo infinito se volviera finito, que lo extraordinario se volviera ordinario? Sin embargo, ese es el corazón mismo del mensaje cristiano: una grandeza inimaginable se embutió dentro de un pesebre. «Nuestro Dios se limitó al tiempo; se hizo hombre, no lo comprendo».[4] El mundo no puede comprenderlo. Espera un espectáculo. Entonces, se presenta la mayor ironía de que Navidad es la única festividad cristiana que el mundo parece abrazar, pero su mensaje es el más incomprensible para ese mundo. Jesús no nació en el ámbito cívico, sino en un establo. No fue a vivir a un palacio, sino que de inmediato se convirtió en

un refugiado sin hogar. Los invitados a Su nacimiento no fueron celebridades, sino pastores. Mi esposa oyó una vez a un orador cristiano contar esta historia. «Durante el entretiempo de un partido de fútbol americano, miramos al escuadrón de vuelo de los *Blue Angels* mientras realizaban sus temerarias proezas a velocidad supersónica sobre el estadio. Al final, un helicóptero los trajo desde su campo de aterrizaje hasta la línea de la yarda 50 donde desembarcaron en medio de una ovación, vestidos con trajes plateados de vuelo con cierres desde los hombros hasta las botas». El orador señaló: «Si yo fuera Dios y enviara a mi hijo al mundo, lo habría hecho así: con efectos especiales espectaculares, con una multitud ovacionando y, por supuesto, con esos trajes plateados. Pero no es así como lo hizo Dios». A cada momento, Jesús desafió las expectativas del mundo en cuanto a cómo deberían actuar las celebridades o cómo deberían comenzar los movimientos sociales. El mundo no puede comprender a un Dios como Jesús.

El mensaje cristiano en sí participa de estas características comunes y corrientes tan ofensivas para el mundo. Cuando comencé como un pastor joven en una pequeña ciudad en Virginia, había cierta cantidad de casas y remolques destartalados alrededor de nuestra iglesia, habitados por personas pobres con muchos problemas sociales y personales. De tanto en tanto, alguna persona me decía que no estaba bien que nuestra iglesia más bien de clase media realizara sus reuniones en medio de aquel vecindario, sin alcanzar a sus residentes. Un día, un diácono de nuestra iglesia y yo cruzamos el estacionamiento de nuestra iglesia para visitar a una mujer que vivía en una casa alquilada. Era una madre soltera a quien las relaciones fallidas con los hombres la habían dejado empobrecida, deprimida y viviendo en un cierto grado de deshonra en aquella comunidad conservadora y tradicional, criando a sus hijos casi sin ayuda ni apoyo. Nos sentamos y tuvimos una larga charla sobre el evangelio, las buenas nuevas, y ella respondió con gozo al mensaje. Confió en Cristo.

Regresé a verla cerca de una semana después, pero cuando nos sentamos, rompió en llanto. Aquella semana, había llamado a su hermana para contarle sobre su conversión y su nueva fe, pero ella se había burlado.

«Mi hermana me dijo: “Veamos si entendí. ¿Este predicador te dijo que una persona como *tú* pudo hacer todas las tonterías e inmoralidades que has

hecho toda tu vida y que cinco minutos antes de morir simplemente puedes arrepentirte y confiar en Jesús y ser salva así porque sí? ¿Te dijo que no es necesario que vivas una vida realmente buena para ir al cielo? Eso es ofensivo. Es demasiado simple; demasiado fácil. ¡Jamás lo creeré! Y tú tampoco deberías creerlo”». Su hermana pensaba que la salvación debía ser una gran proeza que se alcanzaba por obras nobles y morales. No podía ser simplemente algo que se pidiera. Lo corriente del evangelio había ofendido su orgullo. Le contesté a la mujer en llanto que su seguridad y su consuelo no eran infundados. Fuimos a la Biblia y estudiamos hasta que vio con claridad que Cristo vino en debilidad y pequeñez para salvar no a los orgullosos, sino a aquellos que admiten que también son débiles, pequeños y necesitan un Salvador. Recuperó el gozo. Las antiguas nuevas de Navidad siguen haciendo feliz a la gente.

La vida cristiana no comienza con encumbradas acciones y logros, sino con el acto más sencillo y corriente de pedir con humildad. Luego, la vida y el gozo crecen en nosotros con los años a través de prácticas comunes, casi aburridas. Obediencia diaria, lectura y oración, asistencia a las reuniones de adoración, servicio a nuestros hermanos en Cristo y también a nuestros vecinos, dependencia de Jesús en tiempos de sufrimiento. Y poquito a poco, nuestra fe crecerá y el cimiento de nuestras vidas se acercará más a ese profundo río de gozo.

No te desalientes por lo corriente u ordinario de los medios de gozo, porque en esa sencillez se esconden las riquezas extraordinarias del evangelio. No cometas el error que el mundo siempre ha cometido. En cambio, recuerda:

Calladamente Dios nos da
Su incomparable don;
Así también impartirá
Sus bendiciones hoy.
Ningún oído acaso
Perciba su venir,
Mas el de humilde corazón,
Le habrá de recibir.[5]



Notas



INTRODUCCIÓN

[1] Para una visión satírica de las dos celebraciones superpuestas de Navidad en nuestra cultura moderna, ver C. S. Lewis, «Xmas and Christmas: A Lost Chapter in Herodotus», *God in the Dock* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1970), 334-37. Este ensayo también puede encontrarse en www.khad.com/post/196009755/xmas-and-christmas-a-lost-chapter-from -herodotus.

[2] Rich Juzwiak, «Christmas Is a Wonderful, Secular Holiday», Gawker.com, 18 de diciembre de 2014. http://www.gawker.com/christmas-is-a-wonderful -secular-holiday-1665427426.

[3] Charles Wesley, «Hark! The Herald Angels Sing» (1739), consultado el 24 de enero de 2017. http://cyberhymnal.org/htm/h/h/a/hhangels.htm.

CAPÍTULO 1: HA RESPLANDECIDO UNA LUZ

[1] Robert Marquand, «Vaclav Havel: crisis of "human spirit" demands spiritual reawakening», *Christian Science Monitor, 23 de diciembre de 2*011. http://www .csmonitor.com/World/Europe/2011/1223/Vaclav-Havel-crisis-of-human -spirit-demands-spiritual-reawakening.

[2] Stanford News Service, «Czech President Vaclav Havel's Visit to Stanford» (boletín informativo), 4 de octubre de 1994. http://web.stanford.edu/dept/news/pr/94/941004Arc4108.html.

[3] Bertrand Russell, «A Free Man's Worship», *Mysticism and Logic: And Other Essays*, (Londres: Longmans, Green, and Co., 1919), 47-48.

[4] Dorothy L. Sayers, «The Greatest Drama Ever Staged», *Creed or Chaos? And Other Essays in Popular Theology* (Londres: Hodder and Stoughton, 1940), 6.

[5] J. R. R. Tolkien, *The Two Towers* (Nueva York: Random House, 1986), 372.

[6] C. S. Lewis, *Miracles* (Nueva York: Macmillan, 1947), 115-16.

CAPÍTULO 2: LAS MADRES DE JESÚS

[1] Anthony Lane, «The Hobbit Habit», *New Yorker*, 10 de diciembre de 2001. http://www.newyorker.com/magazine/2001/12/10/the-hobbit-habit.

[2] La frase «de dientes y garras enrojecidos» es traducción libre de la frase «nature, red in tooth and claw» de Alfred Lord Tennyson, *In Memoriam*, canto 55 (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 2013), 80.

[3] John Milton, «Let Us with a Gladsome Mind» (1623), consultado el 24 de enero de 2017. http://cyberhymnal.org/htm/l/e/letuglad.htm.

[4] Esta frase tiene una larga historia y muchas versiones. He escogido mi favorita. Algunos se la adjudican a Plutarco, pero su versión moderna más conocida se encuentra en «Retribution» de Longfellow, traducción de un poema alemán, encontrado en *The Poetical Works of H. W. Longfellow* (Londres y Edinburgo: T. Nelson and Sons, 1852), 336. El texto: «Aunque los molinos de Dios muelen lentamente, hacen polvo el grano; Aunque con paciencia, Él siempre espera, Con exactitud, todo lo muele». La idea del verso es que puede parecer que Dios se toma Su tiempo, pero al final, lleva a cabo Sus propósitos con exactitud.

CAPÍTULO 3: LOS PADRES DE JESÚS

[1] Este versículo enseña la doctrina del nacimiento virginal. El mejor enfoque de los sucesos que rodean esta histórica creencia cristiana continúa dándolo J. Gresham Machen, *The Virgin Birth* (Nueva York: Harper, 1930).

[2] J. I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1973), 53.

[3] Ibíd.

[4] Dictionary.com, s.v. «crisis», consultado el 24 de enero de 2017. http://www .dictionary.com/browse/crisis.

[5] Comp. Lucas 5:8.

[6] Packer, *Knowing God*, 63-64.

[7] Esta es mi propia traducción.

[8] Ver Timothy Keller, *The Songs of Jesus* (Nueva York: Viking, 2015), 1 (sobre el Salmo 1) y 304-25 (sobre el Salmo 119).

CAPÍTULO 4: ¿DÓNDE ESTÁ EL REY?

[1] Hay demasiados textos bíblicos que sostienen esta afirmación como para citarlos a todos aquí. Exploré el tema más a fondo en la obra de Timothy Keller, *Generous Justice: How God's Grace Makes Us Just* (Nueva York: Riverhead, 2012).

[2] Thomas Nagel, *The Last Word* (Oxford: Oxford University Press, 1997), 130.

[3] William Billings, «Heavenly Host», en *The Singing Master's Assistant* (1778), consultado en el 24 de enero de 2017. http://www.hymnsandcarolsofchristmas .com/Hymns_and_Carols/heavenly_host.htm.

[4] *Wall Street*, escrita por Stanley Weiser y Oliver Stone, dirigida por Oliver Stone, 1987. Se puede acceder al guion en inglés en http://www.imdb.com/scripts/Wall-Street.html.

CAPÍTULO 5: LA FE DE MARÍA

[1] John Newton, «Let Us Love and Sing and Wonder» (1774), consultado el 24 de enero de 2017. http://cyberhymnal.org/htm/l/e/letuslov.htm.

[2] Juan Wesley, «La oración del pacto» (1781), el 3 de noviembre de 2013. http://delescritoriodewesley.weebly.com/blog/la-oracin-del-pacto-1781.

[3] Elisabeth Elliot, *The Path of Loneliness* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2001), 124.

CAPÍTULO 6: LA FE DE LOS PASTORES

[1] Edwin Hodder, «Thy Word Is Like a Garden, Lord» (1863), consultado el 24 de enero de 2017. http://www.hymntime.com/tch/htm/t/h/y/thywilgl.htm.

[2] C. S. Lewis, «The Seeing Eye», *Christian Reflections* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1967), 206-10.

CAPÍTULO 7: UNA ESPADA EN EL ALMA

[1] Larry W. Hurtado, *Why on Earth Did Anyone Become a Christian in the First Three Centuries?* (Milwaukee, WI: Marquette University Press, 2016), 73-94.

[2] J. C. Ryle, *Holiness: Its Nature, Difficulties, Hindrances, and Roots* (Chicago, IL: Moody, 2010), 119.

[3] Ibíd., 111.

[4] John Rippon, «How Firm a Foundation» (1787). El himno está basado en Isaías 43:2-3. Consultado el 24 de enero de 2017. http://cyberhymnal.org/htm/h/f/hfirmafo.htm.

CAPÍTULO 8: LA DOCTRINA DE NAVIDAD

[1] Robert W. Yarbrough, *1-3 John, Baker Exegetical Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2008), 36.

[2] Daniel Steele, *Milestone Papers: Doctrinal, Ethical, Experimental on Christian Progress* (Nueva York: Phillips and Hunt, 1878), consultado el 24 de enero de 2017. http://www.craigladams.com/Steele/page80/page106/.

[3] J. R. R. Tolkien, *The Return of the King* (Nueva York: Random House, 1986), 17.

[4] Charles Wesley, «Let Heaven and Earth Combine» (1745), consultado el 24 de enero de 2017. http://cyberhymnal.org/htm/l/e/leehcomb.htm.

[5] Phillip Brooks, «O Little Town of Bethlehem» (1867), en español «Oh aldehuela de Belén», consultado el 24 de enero de 2017. http://www.cyberhymnal .org/non/es/oadbelen.htm.